

# REVISTA

DE

## ESTUDIOS EXTREMEÑOS

III

Marzo-Junio, 1947

I-II

### VIAJE A ESPAÑA DEL REY DON SEBASTIÁN

(LA ENTREVISTA DE GUADALUPE)

I

#### LOS HOMBRES

*O reinado de Dom Sebastião é notavel por um facto único—a perda em Africa—á roda do qual só apparecem mesquinhos enredos de Côrte, traiçoens de conselheiros vendidos, e loucuras de mancebos. A duas naçoens pertence aquelle tremendo facto, que influir, quasi exclusivamente, na futura sorte de Africa e de Portugal...*

*Bernardo da Cruz. CHRONICA, ed. Herculano e Payva, 1837, pág. IV.*

Una de las destacadas figuras históricas sobre cuya vida y trascendencia aún no ha fijado la crítica imparcial el fallo certero de un juicio definitivo es, sin duda, la del Rey portugués D. Sebastián, no obstante la copiosísima bibliografía con que la pasión ha glosado sus hechos. Las más encontradas opiniones, los más dispares adjetivos se han acumulado en torno al hijo del monarca Juan III.

Tratándose de D. Sebastián, pocas veces los historiadores han conocido término medio: ninguno se resigna a juzgarle teniendo en cuenta que hombre era y como tal influían directamente en él las cir-

circunstancias de ambiente. O se llega a la exaltación lírica—un poco inconsciente—de los apologistas que le hacen valeroso, puro, místico y bello, o se le considera con los detractores execrable, fanfarrón, vesánico e idiota<sup>1</sup>. Carlos Malheiro Dias y Antonio Ferreira da Serpa son los autores respectivos de los juicios que acabamos de transcribir.

Sólo en época muy reciente, después de las publicaciones del ilustre Queiroz Veloso, a base de centenares de documentos inéditos y de primera mano, se ha logrado que los estudios sebásticos cambien un poco de ruta y no sea la figura real el cañamazo sobre el cual pueden bordarse simpatías o diferencias políticas.

Mucho de esto sucede también con Felipe II: al lado de quienes han querido hacer de su figura la más temerosa encarnación de un espíritu atormentado y atormentador, cegado por un velo fanático, cruel y sanguinario autor de horrendos crímenes cuya consecuencia exterminativa no se detuvo ni ante las puertas de la cámara filial, están sus panegiristas apuntando los dictados de sabio, prudente, cristiano y gran propulsor de los estudios y las artes<sup>2</sup>.

Hubo una fecha—una fecha cumbre en la historia ibérica del siglo XVI—en que D. Sebastián y Felipe II tuvieron que resolver un problema vital para Lusitania y de honda trascendencia para el Estado español: 1576. Tenía entonces el Rey portugués poco más de veinte años; el castellano poco menos de los cincuenta. Aquél era impetuoso, acalorado, generoso e impulsivo. Este razonador, frío, dúctil para su provecho (que eran los intereses del Estado) y calculador. Uno y otro estaban entregados a la Iglesia Católica: D. Sebastián como resultante de su educación; D. Felipe sabiendo prescindir de ella cuando le era conveniente. Aquél era la pasión desprovista de fórmulas, éste la fórmula con reservas de aplicación. El portugués daba la vida por la idea y sin embargo no sabía estar quieto en el coro; por el contrario, el español atendía con la máxima solicitud a los rezos pero, si

1. Carlos Malheiro Dias: *Exortação a mocidade*, Lisboa, 1925, 8.º CVIII + 64 páginas. Para la conceptualización de D. Sebastián y Felipe II cfr. el interesantísimo libro de Malheiro *O Piedoso e O Desejado*, Lisboa, 1925, 8.º, 175 págs.; Antonio Ferreira da Serpa, estudio preliminar a la *Cronica de El Rei Dom Sebastião unico deste nome e dos Reis de Portugal o 16.º, composta pelo P. Amador Rebelo, companheiro do P. Luis Gonçalvez da Camara, Mestre do dito Rei Dom Sebastião*, Porto; 1925, 8.º, 283 págs. En la Bibliothèque Nationale de París hemos visto un interesante manuscrito de esta Crónica.

2. Para la Bibliografía de Felipe II cfr. las *Fuentes para la Historia de España* de Sánchez Alonso, en su segunda edición.

era preciso, no vacilaba en contrariar la decisión de una junta de teólogos.

Don Sebastián llevó una niñez distinta por completo de la de su tío. La educación y la orientación fué diferente en absoluto. Don Felipe estaba acostumbrado desde pequeño al trato de los secretarios, a convivir con la legalidad. Don Sebastián sólo conoció de niño la adulación y el ambiente propicio para sus fantasías. Mientras el uno ajustaba sus caprichos a la fórmula legal, el otro no encontraba límites a sus ideales caballerescos, antes bien, eran éstos sabiamente agujoneados por los cortesanos muy a pesar de los deseos de la *reina vieja* que como dice acertadamente Llanos y Torriglia<sup>3</sup> desde la muerte de Carlos V «se aferró de tal modo a aquel último y triste rezago de su descendencia que ya, hasta que Dios la llamó a sí, no tuvo más pensamientos, torturas, ilusiones ni desengaños que los que de D. Sebastián o por D. Sebastián le vinieron».

Ya desde su nacimiento el Rey Cristiano venía circundado de una aureola de misterio, de algo sobrenatural. El pueblo, deseoso de tener

un Monarca, un Imperio y una espada,

hizo rogativas, votos, ofrecimientos a la Divinidad, y la Divinidad atendió sus ruegos e hizo saber a las muchedumbres que pronto tendrían quien les guiase. Pero se lo hizo saber de una manera extraterrena, con apariciones, con fantasmas, con algo que espoleaba vivamente los nervios en tensión de sus futuros súbditos.

La crítica histórica ha rechazado ciertos hechos sobrenaturales, suponiendo que solamente se consignan por escrito, algunos, después del desbarate del Rey. Sin embargo, es conveniente recogerlos porque ellos nos reflejan un ambiente, un medio interesantísimo de tensión espiritual, contemporáneo en unos casos, poco posterior en otros.

Aterrados los portugueses, oían en el aire rumores y estruendos de guerras, presagios anunciadores de desgracias y pérdidas de reinos. Sobre Palacio, aullidos tristes y espantosos. A la Princesa, espíritu delicado y enfermizo, de una sensibilidad grande, se le apa-

---

3. F. de Llanos y Torriglia: *Contribución al estudio de la Reina de Portugal, hermana de Carlos V, doña Catalina de Austria. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia en el Acto de su recepción pública el día 2 de Mayo de 1923 y contestación del Excmo. Sr. D. Gabriel Maura Gamazo, Conde de la Mortera, Madrid, 1923, cfr. página 46.*

recían mujeres llorosas y enlutadas y, cuando dormía, despertaba con mil temores y sobresaltos. Antes de nacer el Rey, circuló por Lisboa <sup>4</sup> una diabólica conseja: «Dixose por cierto que una vieja se fué a Santo Domingo, Convento de frayles de su orden, y a los oficiales de la Cofradía de Jesus dixo:

—Sentad por cofrade al príncipe Don Sebastián, que así se ha de llamar lo que pariere la princesa, que no se saue que muerte tendrá, y que dió de limosna un real de plata.»

Estas historias de aparecidos y fantasmas no han de escasear en el curso de su vida. Cosas terribles y revelaciones grandiosas dícese que oyeron algunas personas. «Estando o Padre Fray Louys de Moura, na sua cella de noite estudando, lhe falou hua voz, & disse: Eu sou a alma del Rey Dō João, que te venho falar, & dizer cousas muyto importãotes. E o Padre lhe benzeo muitas vezes, chamando muitas mais o nomen de Iesus de sua parte dizendo se fossé...» Ni él ni sus hermanos quisieron revelar los pronósticos oídos <sup>5</sup>.

Cuando en la mente de D. Sebastián germinan las ideas imperialistas de anexión africana, «espalham-se boatos para impressiõnar o povo: que a alma de D. João III aparecera a um frade agostinho, da Senhora da Graça, de Lisboa, e lhe dissera que dissuadissee o rey de

4. He aquí cómo refiere estos hechos el Maestro Sebastián de Mesa en su libro titulado: *Iornada de Africa por el Rey Don Sebastian. y Vnion del Reyno de Portugal a la corona de Castilla. Autor El Maestro Sebastian de Mesa, Cura proprio de la Parroquia de San Iusto, y Comissario del Santo Oficio de la Inquisición en la villa de Madrid. Con licencia: En Barcelona, Por Pedro Lacaualleria: Año 1630.* (8.º, 2 h. s. n. + 169 n.), libro I, cap. I:

«A media noche [del día 20 de Enero de 1554], dieron a la Princesa los dolores del Parto, auiendo precedido mil prodigios y presagios anunciadores de desgracias y pérdidas de Reynos. Oíanse en el aire rumores y estruendos de guerra, y muchas noches sobre Palacio, aullidos tristes y espantosos. Aparecíanse a la Princesa mugeres llorosas y enlutadas, y cuando dormía, despertaba con mil temores y sobresaltos. Dixose por cierto, que vna vieja se fue a Santo Domingo, Conuento de frayles de su Orden, y a los Oficiales de la Cofradía de Iesus dixo: Sentad por cofrade al Principe Don Sebastian, que así se há de llamar lo que pariere la Princesa, que no se sabe que muerte terná. Y dió de limosna vn real de plata.»

5. *Miscellanea do Sitio de N. S.ª Da Luz de Perdogao Grande Aparecimto. de sua sta Imagem. Fundaçao do seu Conuento da See da la Xa. Expugnaçao della Perda del Rei Sebastian | E q̄ seia. Nobreza Sor. Sa. Vassallo del. Rei Rico Home | Infançao Corte Corte|zia Mizvra Reverencia | e Tirar o chapeo e | Prodigios | Com mtas curiozidades e P|oezias diuersas. | Por Miguel Leitao d'Andra. Comẽdor de Christo. | em Lxa. por Matheus Pinheiro | anno 1629.*

Véase la pág. 207. Bibliothèque Nationale de París, signatura 4ºOy48. El autor tenía en 1626 setenta y cuatro años.

ir a Africa. Corre tambem que uma noite, nos campos de Almeirin, aparecera a Vasco Silveira (que por tóda a parte lamentara o seu rei) um gigante extraordinario vestido de luto, apostrofando en lágrimas:

—Chora por ti e por mim!»<sup>6</sup>

Quince años tenía el Rey cuando visitó la ciudad de Coimbra, emporio del saber en 1570. Y allí también «foram vistos algumas noites no terreiro do paço dois homens a cavalo, a um delles em um branco com ums montantes nas mãos, que em altas vozes dician muitas cousas das desventuras deste Reyno e cousas mal feitas que nele se faziam, o contra o mesmo Rei D. Sebastião e padres da Companhia, o que, segundo se dizia, o proprio Rey ouviu tudo muito bem; porem se abriam janela ou porta alguma, logo a faziam cerrar com arcabuzes que disparabam; e se dizia por o povo serem os cavaleiros el-Rei Don Alfonso Henriques e seu fillo D. Sancho»<sup>7</sup>.

Felipe II no vino al mundo con terror de súbditos y miedo de mujeres. Fué su educación sabiamente cuidada. Se le acostumbró a gobernar, no a imaginar empresas temerarias. En cambio su sobrino —al decir de los cronistas— nació con lágrimas de vasallos, crióse con discordia de parientes y fué servido con envidia de privados que le aconsejaban más según el grande ánimo que en él veían, que según la prudencia que era menester para un real entendimiento<sup>8</sup>.

Y así, creyéndose providencial, estando en la firme convicción de que sus imaginaciones y proyectos debían ser obligatorios para los demás, teniendo la seguridad de que no eran súbditos para dirigir sino soldados para mandar, los ciudadanos que constituían su Estado, lógicamente pensó D. Sebastián lo que en su niñez han pensado siempre los hombres: fantasías, heroicas conquistas, grandes empresas guerreras que le sirviesen de pedestal sobre el cual asentar sólidamente la gigantesca estatua de una gloria a la cual estaba llamado de lo alto.

Quienes le rodeaban, en lugar de mitigar las fantasías del Príncipe,

6. Antero de Figueiredo: *Don Sebastião*, Lisboa, Artaud, 1925, pág. 276.

7. Este hecho está relatado por Marcos de la Cruz en un curioso manuscrito que se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Coimbra. Se publicó en el interesantísimo opúsculo de Augusto Mendes Simões de Castro, titulado *Notas acerca da vinda e estada de el Rei D. Sebastião em Coimbra no anno de 1570*, Coimbra, Imp. da Universidade, 1928, 8.º

8. Cfr. el *Epítome de la vida y hechos de Don Sebastián dezimo sexto Rey de Portugal... por... Don Ivan de Baena Parada, Presbytero, natural de Madrid. Con Privilegio en Madrid, por Antonio Gonzalez Reyes, Año MDCLXXXII*, pág. 14.

de llevarlas a los senderos de la razón, sólo servían para excitarle más con la narración de afortunadas bélicas expediciones, conquistas maravillosas emprendidas por sus antepasados, las cuales unían al sabor guerrero el aliciente de haber sido realizadas en remotos países, en las Indias aún no bien conocidas. «Referían delante del las proezas de aquellos valientes capitanes de la India, y cómo con muy pocos soldados habían vencido ejércitos de a cien mil hombres. Estos y otros discursos, acomodados con destreza a su humor, eran la materia de las más frecuentes conversaciones del Privado y los Padres con el Rey»<sup>9</sup>.

Los privados sólo querían, para conservar su influencia, rodear al Rey de todo aquello que le fuese grato y marchase de acuerdo con su gusto. Así le entretenían constantemente con lecturas y narraciones de sucesos históricos.

Cuando cayó de la prianza Martín González de la Cámara, le sustituyó D. Cristóbal de Tavera «tan obediente, tan sumiso, tan aprobando siempre las acciones de su dueño que como ya tenía soleado el espíritu sosegó poco los cuidados de la Reina»<sup>10</sup>.

Impresionado D. Juan de Silva, Embajador español, escribe a Felipe II: «El Rey... tiene muy buenas partes naturales y muchas virtudes de príncipe, pero su educación fué tan bárbara que no se han descubierto». Y en otra ocasión, protestando del ambiente que le rodeaba, traza este completo retrato: «Es tan grande la adulación que le rodea que le osarán decir que es el más alto hombre de cuerpo que hay en Portugal, o el mayor músico, o cosa semejante»<sup>11</sup>.

El ánimo juvenil, presto y aparejado para todas las moldeaduras y sugerencias extrañas, en cuanto éstas llevasen un derrotero paralelo al de las prematuras pero desarrolladas aficiones, tal vez fué engolosinándose con la perspectiva de poder un día coronarse Emperador de aquellos remotos países de China y Japón, a la sazón sólo tocados por jesuítas hispano-portugueses. Tal vez las *Relaciones* y *Cartas* de los Padres de la Compañía, leídas como al descuido por el privado

9. Baena Parada, *Epítome...*, pág. 27.

10. Loc. cit.

11. Archivo de Simancas, *Secretaría de Estado*, legajo 393. Cfr. J. M. de Queiroz Velloso: *D. Sebastião*, Lisboa, 1935, pág. 90; magnífico libro del príncipe de los sebásticos. Quiroz Velloso es hoy por hoy la guía más cierta en cuantos temas se refieren a D. Sebastián y el primero que ha puesto a contribución para sus investigaciones ihstóricas centenares de documentos inéditos y desconocidos.

Martín de la Cámara, fuesen minando el casi infantil cerebro y dejando en él la huella de un surco bien profundizado.

«Como era de naturaleza feroz & robusta—escribe Mariz—<sup>12</sup> & de espíritu vehemente & leuantado, & de coração inuêciuel & determinado: não cuydaua senão em guerras & em famosas cõquistas, & militares emprezas. E nem e possiuel, senão que hum dia imaginaua sogeytar a si toda Berberia: outro arrazar os Muros de Constantino-  
pla: logo fazarse senhor do Caliphato do Egypto: & ter a sua obediencia a veneranda Palestina: en fin tudo o seu inuenciuel animo cortaria pela medida do seu desejo.»

A los catorce años sorprende al Padre Cámara, que le interrogaba sobre su pensamiento, con esta meditada contestación:

—Penso en tomar a Africa quando eu for de idade conveniente <sup>13</sup>.

Mas tarde, dirigiéndose al Prior del Monasterio de Santa Cruz de Coimbra, ante la tumba de un antepasado, le dice al entregarle la espada de Alfonso Henriquez, con ademán brioso:

—Guardai, padre, esta espada, porque ainda um dia me hei de valer dela contra os mouros, metendo Portugal pela Africa dentro <sup>14</sup>.

Esta idea de la conquista africana fué echando raíces en el ánimo del joven Monarca, tal vez por ser la más factible dada la proximidad de las costas norteñas al territorio portugués. A los diez y ocho años —1572—dirige una expedición para reconocer el terreno, sin haber previamente avisado a nadie. Pero las inclemencias del tiempo le

12. Cfr. los interesantísimos *Diálogos | de | varia historia | Em que sumariamente se referem muy | tas cousas antigas de Hespaña: E todas as mais no | tauees, q em Portugal acontecerão em suas gloriosas con | quistas, antes & depois de ser leuantado, a Dignidade | Real. Y outras muytas de outros reynos, dignas de me | moria. Com os Retratos de todos os Reys de Portugal. | Avtor Pedro de Mariz. | En Coimbra | Na officina de Antonio de Mariz | Com Priuilegio Real | MDLXXXIIII. 8.º, [9]-244-[6] hojas con numerosos retratos. Véase el folio 233.*

13. Cfr. la *Iornada | de Africa | composta por Hieronimo | de Mendonça, natural da cidade do Porto: | em a qual se responde a Ieronimo Fran- | qui, & outros, & se trata do sucesso da ba | talha, catiuerio, & dos que nelle pa | decerão por não serem Mouros, | Com outras cousas dignas | de notar. | Com licença da sancta Inquisição. | Em Lisboa. | Impresso por Pedro Crasbeeck. | Anno 1607. | Com Priuilegio Real. | A custa de Iorge Artur, mercador de liuros. (8.º, 6 h., 188 h., 1 h. Biblioteca Nacional de Madrid, R-14224). Véase el libro I, cap. II.*

14. Cfr. Figueiredo, *D. Sebastião*, pág. 158; Barbosa Machado, *Memorias para a Historia de El Rei D. Sebastião*, parte III, lib. I. cap. 26; Queiroz Velloso, *D. Sebastião*, página 126; Augusto Mendes Simões de Castro, *El Rei D. Sebastião e a espada de Affonso Henriques*, etc. Las tumbas reales que fueron abiertas a presencia de D. Sebastián fueron las de Alfonso II, Alfonso III y las Reinas doña Brita y doña Urraca.

hacen volver las naos que llevaba, al abrigo de los lares patrios, y en Noviembre desembarca en Lisboa un día de difuntos, entre el sombrío y silencioso luto de los que auguran un terrible porvenir para la nación conducida por aquel inexperto muchachuelo, de quien tan desfavorables pronósticos habían corrido <sup>15</sup>.

¿Significaba la vuelta del Rey una renunciación a sus planes guerreros? Esa tranquilidad apuntó por un momento en el pensar de los lusitanos. Pero sólo fué—ya lo decimos—un momento. Pronto pudieron convencerse de que su monarca no estaba dispuesto a retroceder en la empresa comenzada. Y no faltó, rápida, una ocasión en que se exteriorizase esta continuidad.

Un pretendiente desafortunado al trono de Marruecos, Abd-el-Melik (el Maluco de nuestros cronistas), había marchado a Argel, en donde logró contraer matrimonio con la hija del Rey de aquel territorio, persona muy favorecida del Gran Turco. Contando con la ayuda de éste y de su suegro, vence en batalla campal al legítimo Rey y se proclama Xarife Marroquí. Naturalmente, como la protección había de pagarse, coloca en casi todo Marruecos gran cantidad de turcos. Esto significaba un serio peligro, tanto para las fortalezas portuguesas de Azamor, Arcila, Tánger, etc., como para la seguridad del Estrecho, camino que quedaría expedito al Gran Turco <sup>16</sup>.

Y esta es la ocasión en que D. Sebastián, viendo una triple utilidad, puesto que apoyaría al débil contra el poderoso, defendería la zona africana y tal vez alcanzase dominio sobre nuevas tierras, se decide a ir contra el usurpador Maluco con objeto de reintegrar en sus derechos al legítimo Xarife. Una vez hecho esto... *hei de meter Portugal pela Africa dentro*, había dicho.

Pero la situación militar de Lusitania no era muy favorable. Las naos escasas, escasos los jefes, y los soldados, sobre ser pocos, carecían de una disciplina bastante para campaña de la importancia de la

---

15. Para todo lo referente a la expedición véase el clásico libro de Hierónimo de Franchi Conestaggio, *Dell' Vnione / del Regno di Portugallo / alla corona di Castiglia / Istoria / del Sig. Ieronimo / Conestaggio Gentilhuomo genovese / [Escudo] / In Genova, / A presso Girolamo Bartoli, 1589.*

Cfr. *ibid.*: Barbosa, *Memorias...*, t. IV; Pereira Baião, *Portugal cuidadoso e lastimado...*, lib. II, cap. 33, y sobre todo la obra citada de Queiroz Velloso, capítulo VI, páginas 189-219.

16. Para la situación anterior de Alcazarquivir, cfr. el útil ensayo de João Paulo Freyre: *Alcazer-Kivir, apontamentos históricos sobre a acção da Hespanha antes do dominio dos Filipines*, Lisboa, 1928, 8.º 128 págs.

que se pretendía acometer. Había, pues, una gran desproporción entre el pensamiento gigantesco del Rey y los casi nulos medios con que contaba para su realización. ¿En dónde proveerse de lo necesario? ¿A quién acudir en tal conflicto? Entonces es cuando D. Sebastián vuelve los ojos hacia la figura de su tío Felipe II, el poderoso Rey de España, para que los tercios hispanos que han combatido en Flandes, en Alemania y en América, entren en batalla también bajo el sol ardiente de las costas africanas, tremolando el estandarte portugués.

Esta era la actitud de D. Sebastián. Ahora bien, ¿cuál era la que adoptaría Felipe II, cómo había de ver esta empresa y qué consecuencias tendría para él? El Monarca español era—lo hemos indicado—cauto, prevenido, sagaz, calculista, frío para los intereses del Estado. Era el perfecto tipo del Rey a quien no se puede engañar. Cada caso, cada negocio, pasaba por sus manos y él ponderaba, medía, aquilataba los pro y los contra de las empresas. Su actitud—apartando la pequeña influencia afectiva—obedecía siempre a la previsión.

Años antes, cuando D. Sebastián llegó a la edad en que el casamiento para asegurar sucesión al Reino era, sobre conveniente, oportuno, Felipe II entrevió las extraordinarias ventajas que le reportaría un enlace hispano-lusitano para basamentar la futura unidad ibérica. Propuso para matrimoniar con el sobrino a una hija<sup>17</sup>, la que más tarde fué Gobernadora de los Países Bajos, Isabel Clara Eugenia; envió emisarios que secretamente se entendían con nobles portugueses; hizo ver por todos los caminos las excelencias de este enlace frente a las de la candidatura<sup>18</sup> francesa que aspiraba a imponerse; apuró los medios posibles y sólo cejó en su empeño cuando hubo visto que sus pretensiones y deseos habían caído en buen terreno y que D. Sebastián parecía inclinado a tomar a una de sus hijas por esposa cuando llegase la ocasión.

---

17. Una interesante colección epistolar sobre estas negociaciones puede verse en la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, tomo XXVIII, páginas 425-563. El capítulo V, *Os magoados casamentos do Rei*, del D. Sebastião de Queiros Velloso, es magnífico. Vide también el libro de F. de Llanos y Torriglia titulado *Isabel Clara Eugenia, la novia de Europa*, Madrid, 1928 (250 págs.), que no conoció Queiros Velloso, y el del mismo autor, *Desde la Cruz al Cielo*, Madrid, 1934.

18. Cfr. el utilísimo libro del Conde de São Mamede titulado *Don Sebastian et Philippe II. Exposé des négociations entramées en vue du mariage du Roi de Portugal avec Marguerite de Valois*, Paris, Perdone-Lauriel, 1884, 4.º, 129 págs.

## II

### MATRIMONIO Y CONVERSACIONES

El proyecto a que nos hemos referido con anterioridad no pasó de intentado. La realización fué dilatándose espaciosamente, hasta el punto de que Felipe II, cuando el portugués solicitó que se cumpliera, diluyó una réplica clara. ¿Por qué? Intentemos una explicación, ya que ella, o al menos los testimonios aducidos, contribuirán no poco a perfilar el carácter de D. Sebastián.

El Rey español había enviado a D. Alonso de Tovar, sagaz, cauto y avisado político, para que sondease la voluntad matrimonial del lusitano. Sus gestiones, hábiles, tropezaron con una dificultad al principio. La candidatura francesa oponía serios obstáculos a los proyectos hispanos. Don Alonso conquistó voluntades, animó espíritus cercanos al Rey, y éste, al pedir opinión a sus consejeros, la halló rápida y clara.

Tovar dice que D. Sebastián «escribió al Arzobispo de Evora, que es un viejo cuerdo, y él le escribió una carta, que yo he visto, aunque no la pude haber para invialla, harto bien escrita, con hartas persuasiones y ejemplos, diciendo cuanto mejor estará al Rey de Portugal abrazarse siempre con Castilla de cualquier manera que pueda, que no meterse en negocios ni en deudas con Francia»<sup>1</sup>.

Pero aquellas gestiones fracasaron en el fondo, aunque aparentemente no. La educación del Rey, según unos; su incapacidad sexual, según otros, escindieron las posibilidades de este nudo.

Los embajadores no querían cargar con la responsabilidad de un enlace meramente político, sin consecuencias prolíficas para el trono.

<sup>1</sup> Cfr. *Col. Doc. Inéd.*, t. XXVIII, pág. 432.

Véase el fragmento de una carta <sup>2</sup> dirigida a Felipe II—reservada y confidencial—por el Conde de Portalegre:

«... aunq̄ V. Mgd. no me aya mandado expresam<sup>te</sup> examinar la sospecha que se ha tenido de la hinabilidad del Rey para tener hijos, y la plactica sea indeçente es toda uia este articulo tan importante a la materia desta carta que no puedo dexar de apuntar lo que me pareçe.

Cosa es haueriguada *no hauer hecho el Rey prueua de si ni intentado jamas*. muestra demas desto tanto aborreçimiento a las mugeres que aparta los ojos dellas y si vna dama le da la copa busca como tomarla sin tocar la mano, juega vn dia entero a las cañas y no leuanta la caueça a las uentanas.

por otra parte el aspecto es de hōbre muy sano y antes fuerte que defectuoso, dizen todavia que tiene en las piernas vna frialdad muy grande, y assi las abriga mucho, pero muy buena fuerça deue tener en ellas porq̄ haçe grandes exerciçios a la gineta...»

Y más adelante:

«...criaronle los de la Compañia [de Jesus] afeandole tanto el tracto con las mugeres como vn pecado de Heregia, y beuio aquella doctrina de manera que no haçe diferencia de lo que es uirtud y gentileza a lo ques ofensa de Dios, y assi sospecho que podria no hauer en el este efecto que se teme...»

Como confirmación a estas noticias, véase ahora el informe que en carta de 1569 dirige Fourquevaulx a Catalina de Médicis <sup>3</sup>, publicado por Gachard:

«Madame, il me semble que je ferais déloyauté, si je vous cétais ce qui m'a été dit, de peu de jours en ça, touchant le Roi de Portugal. C'est qu'il tient beaucoup de l'humeur du feu prince d'Espagne, sujet a sa tête, bizarre, variable et terriblement obstiné en sus opinions. Davantage suis adverti que tous ses médecins jugent et les astrologues judiciaires, qu'il ne sara point long homme, et une partie des dits médecins conseille qu'il le faut marier de bonne heure, afin de

2 El original de esta carta existe en el Archivo de Simancas, *Secc. Estado*, legajo 393. La copia que hemos utilizado está en la Bibliothèque Nationale de Paris, *Fond Portugais*, Mss. 8. El texto ha sido publicado por Manuel dos Santos: *Historia Sebastica*, libro II, cap. XXV, y Barbosa Machado: *Memorias para a Historia de El Rei don Sebastião*, parte IV, lib. I, cap. 2. Cfr. la interesantísima nota de Queiroz Velloso, *Don Sebastião*, págs. 112-113.

3. Cfr. Gachard: *Chroniques Belges inédites*, t. II, pág. 293; Comte de Sâ o Mame-de, *Op. cit.*, ap. IX, págs. 122-124.

remédier à une secrète maladie qu'on apelle gonorrhée, a laquelle il est sujet. Ces docteurs néamoin disent qu'il est habile pour avoir enfans. L'autre bande défend de le marier, car ce sera lui avencer sa fin; et tous, d'un sentiment, le condamnent a vivre peu d'années. En cela, Madame, de la bizarrerie du dit jéune roi il faut espérer qu'il se changera de mal en bien, à mesure qu'il croitra en âge, car il n'a que quinze ans, et est excusable aussi, d'autant qu'il a été nourri du berceau à la portugaise, c'est-a-dire en superbe et vanité...»

Fourquevaulx, embajador de Francia en Madrid, insiste en que acaso la razón de la negativa de D. Sebastián a aliarse matrimonialmente con Francia, resida en que «n'a point puissance d'homme, et que son confesseur le sait».

Sin embargo, la conducta de D. Sebastián desmentía a veces la posible debilidad atribuída. No es sólo el Conde de Portalegre el que testimonia sus afanes deportivos y su fortaleza; en un escritor<sup>4</sup> del siglo xvii, pero que se refería a personas que conocieron al Monarca, encontramos una prueba de sus aficiones por ejercicio corporal tan duro como el toreo:

«También toreó el Rey D. Sebastián muchas vezes en el Palacio de Enjobregas de Lisboa, viuiendo en el de la Reyna doña Catalina su abuela: Lo mismo hizo en el Piñeiro de Eborá, y en Saluatierra: esto afirman algunos Caualleros Portugueses de todo crédito, que fueron testigos, y viuen oy, afirmando que siempre hizo suertes tan ayrosas, que sin respecto adulanse de ser hechas por persona Rey, merecieron alabança, y se les atreuio la embidia.»

El mismo Foruquevaulx duda y vacila a veces. En otra carta suya de 8 de Octubre de 1571, se arrepiente algo de lo anteriormente expresado y escribe:

«Je ne veulx, Madame, faire faulte de dire a Vostre Majeste que je suis adverti que le mal qu'on a dit de la personne du Roy de Portugal estoit sans raison, car il est beau prince pour sa taille, sain et robuste autant que son eage requiert. Vray est qu'il ne s'affectionne point à aymer les femmes, dont il ne l'on fault moins estime, car il s'en portera mieulx, et sera meilleur mani toute sa vie.»<sup>5</sup>

Pero estas mismas dudas, estas testimoniadas inconstancias del Príncipe, ¿no dicen ellas solas sobre su carácter y hábito sobrado?

4. *Advertencias y obligaciones para torear con el rejón*, por D. Luis de Trexo, Madrid, por Pedro Tazo, 1639, 8.º, fol. [11] recto.

5. Cfr. São Mamede y Gachard, *Ops. cits.*

Con D. Sebastián no se estaba seguro de acertar nunca. Acaso le dominase de tal modo la idea de la empresa africana, que a su lado desapareciesen las demás naturales preocupaciones orgánicas, creándose así un estado psicopatológico que, unido a sus taras hereditarias, contribuyera a producirle frecuentes arrebatos y excitaciones de tipo esquizoide.

Felipe II, convenientemente instruído por sus emisarios, cuando llegó el momento de la consulta en 1576, estaba al tanto de los planes y del carácter de su joven sobrino. Este le pedía ayuda. Y reforzaba su petición con el intento de esposar a una de sus hijas. ¿Qué hacer? A su claro talento no se le ocultaba que la empresa africana era irrealizable y que, de dirigirla en persona D. Sebastián, éste perecería.

Frente a frente estuvieron sus intereses y su corazón: aquéllos le prometían un futuro de unidad ibérica fácil cuando el joven Monarca desapareciese; el otro le haría considerar el problema espiritual que se le creaba al dejar a un mozo inexperto, al fin de su misma sangre, sacrificarse para conseguir él un provecho. La lucha, probablemente, fué grande, torturadora, para un espíritu tan complejo como el del fundador de El Escorial. Pero sobre la razón triunfó la humanidad. El estadista sucumbía ante el hombre honradamente afectivo. La fría razón de Estado quedó vencida. Apasionados cronistas ponen en su boca—contra justicia—las frases:—*Dejémosle ir. Si se pierde, buen reino ganaremos. Si torna, al casarlo con nuestra hija vendrá Portugal a nuestras manos.* Nada atestigua, sin embargo, la certeza de esta atribución.

Decidido a evitar una ruina a su sobrino, procuró por todos los medios disuadirle de su propósito, quitarle de la mente aquella descabellada idea, negarle los auxilios que le pudiera proporcionar, insistir de todas las formas y maneras posibles en que apartase aquel deseo de su voluntad. Pero no lo consiguió.

La corte portuguesa, mejor, la camarilla real, oponía infranqueable barrera a propósitos que no fueran los del Monarca. Todo sucumbía ante la ininterrumpida adulación cortesana. Don Sebastián quiere verse con su tío para concretar las peticiones, el matrimonio y la alianza <sup>6</sup>.

En Junio de 1576 sale de Portugal, con objeto de pedir audiencia

---

6. Cfr. los *Epistolarios* citados anteriormente, publicados en la *Colec. de Documentos Inéditos*, tomos XXXIX y XL.

a Felipe II, D. Pedro de Alcaçova, privado muy querido que fué de D. Juan III y a quien las intrigas del Cardenal D. Enrique le hicieron caer de su valimiento hasta que en tiempos de D. Sebastián volvió a ostentar su poderío en el cargo de Veedor de la Hacienda, punto estratégico para desde allí poder hacer y deshacer a su antojo en cuantos negocios le conviniese, y, al decir de un cronista, «home mui sufficiente e mui versado en negocios tão importantes». El Rey contesta a esa embajada con la de D. Cristóbal de Moura<sup>7</sup>, Marqués de Castel Rodrigo, para que hablase con D. Sebastián y le dijese lo que acerca de aquel negocio sentía y cómo en tan loca y extraña pretensión iba a enterrar honra, vida y reino.

Pero mientras más tiempo pasaba, más vehementes eran los deseos que D. Sebastián tenía de ir a Africa. La decisión suya era firme; urgía celebrar rápidamente las conversaciones a fin de no perder tiempo y poder partir en seguida. Fueron y vinieron correos hasta que, finalmente, se concertó con Felipe II la cita en el Monasterio de Santa María de Guadalupe, sin decirse concreta y generalmente el motivo. Aun entre el séquito castellano había caballeros que lo ignoraban. Celebraríanse las vistas coincidiendo con las fiestas de Navidad.

Sin ostentación alardosa de vistas reales, sin ceremonia oficial protocolaria de corte a corte, D. Sebastián y D. Felipe coincidirán en el viejo Monasterio. Dos peticiones habrían de tratarse en la reunión: la primera referente a la ayuda que prestara el Monarca español al portugués, concretada por parte de éste en cincuenta galeras y cinco mil hombres de guerra. La segunda, que insinuó la Reina vieja, colocaba sobre el tapete de nuevo la cuestión del enlace. Don Sebastián tenía veintitrés años y no era caso de dilatar las bodas reales por comidillas cortesanas, por «inventos de cousas que o tempo ainda ha de mostrar, e que serão, ou que não serão», según dice Barbosa<sup>8</sup>.

7. Don Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel-Rodrigo, era de origen portugués y algunos historiadores lusitanos le consideran como un traidor que, al decir de Silva, «entregou quasi maniatada sua patria au jugo estrangeiro». Fué hijo de Luis de Moura y de doña Beatriz de Távora. Vino a España como caballero mayor de la Princesa doña Juana, madre del Rey D. Sebastián, siendo después albacea testamentario suyo. Cfr. sobre él el gran libro de Alfonso Danvila, *Don Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel-Rodrigo*, y, entre los portugueses, principalmente el libro de César da Silva, *O Prior de Crato e a sua epoca, cronica episodica*. Lisboa, s. a., 8.º, 270 págs. Para el estudio de esos tiempos es también útil el ensayo de Damião Peres, titulado *1580, O governo do Prior do Crato*, Barcellos, 1928, 8.º, 102 págs.

8. Barbosa Machado: *Memorias para a historia de El-Rei D. Sebastián*, parte IV, libro I, cap. II.

Felipe II no soltaba prenda, sin embargo. Las respuestas <sup>9</sup> le retraían de mano maestra y por ello vamos a copiarlas aquí:

«En el primer punto de las vistas, que S. M. holgará mucho de ver al serenísimo Rey su sobrino, a quien siempre ha tenido y tiene por hijo, y que Su Alteza conozca de Su Magestad este amor.

En el segundo de Larache, que siendo este negocio tan común a entrambos (habiendo disposición) Su Magestad hará en él lo que piensa hacer en todas las cosas que tocaren al Rey su sobrino.»

La alegría de D. Sebastián por acceder el Rey español a la entrevista, fué inmensa, extraordinaria. Atestígüanlo los términos de la carta-respuesta que le dirigió. El afortunado Queiroz Velloso la ha publicado <sup>10</sup> y de ella transcribimos estas líneas:

«He tan grande o meu contentamento esperando ver V. A. tão cedo como espero que com verdade lhe posso afirmar he hũ dos mayores que agora podera receber; beijo as mãos a V. A. pola merced que me niso faz, que he conforme as que sempre me faz em tudo...»

En esta actitud colocado D. Sebastián, fácil es comprender que abreviara todo lo posible los trámites de la entrevista. Reunió caballeros, no muy bien proveídos, por cierto; apresuró fechas, despachó rápidamente asuntos pendientes y se dispuso a partir. Su compañía iba desmayada, triste, presintiendo—otra vez presentimientos y temores—alguna desgracia para el reino. Los pueblos pedían al Monarca que no entrase en Castilla: El Castellano, ¡he ahí al enemigo!

«No quiero contar a V. m. los muchos requerimientos que le hizieron al Rey de parte de sus pueblos y en nombre del Reyno para que no entrase en Castilla ni saliese de su tierra, temiendo como vulgo donde no había que temer...» <sup>11</sup>

Signos adversos, malévolos planetas presagiaban funesto resultado a la expedición. Sobre Belem apareció un cometa color de fuego que se vió durante cuarenta noches a partir del 2 de Noviembre. El astro estaba en 18 grados del signo Sagitario, su inclinación meridional fué de 28°, 52'; la cola hacia Portugal: <sup>12</sup> amenazaba, pues, según los astró-

9. Archivo de Simancas, *Secc. de Estado*, legajo 393. Vid. Queiroz Velloso, páginas 226-227.

10. *Op. cit.*, pág. 228. El original en Simancas, *Secc. de Estado*, legajo 393, autógrafo de D. Sebastián.

11. Cfr. la *Carta del Dr. Juan de San Clemente a Ambrosio de Morales*, su tío, que publicamos más adelante.

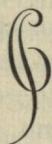
12. Cfr. Pingré: *Cometographie*, París, 1783, tomo I, págs. 511-519. Véanse los textos que publicamos en el *Apéndice* sobre el cometa.

logos, gravísimo riesgo para el país. Ejércitos fantasmales se reflejaban en el cielo lisboeta.

Temerosos y acobardados, los súbditos rogaron al Monarca que no saliese del reino. Pero de la adversidad esperaba fortuna el Rey; «a los que le querían aterrar y divertir de su malogrado intento, con el prodigio de un cometa, siempre fatales, que había aparecido: él, con la rara prontitud y viveza de genio que tenía, respondió:

—Eh! que no lo entendéis: que el cometa me está diciendo que acometa»<sup>13</sup>.

¡Ingeniosa paranomasia, cabriola en abandono de tierra firme para dar un salto en el vacío!



---

13. Baltasar Gracián: *Agudeza y Arte de ingenio*. Madrid, 1929, pág. 115: «Por una ingeniosa paranomasia, jugando con el vocablo del sentido; respondió el nunca bastantemente llorado Rey D. Sebastián, a los que le querían aterrar y divertir de su malogrado intento, con el prodigio de un cometa, siempre fatales, que había aparecido: él; con la rara prontitud y viveza de ingenio que tenía, respondió; *he, que no lo entendéis, que el cometa me está diciendo que acometa*».

---

### III

#### GUADALUPE ANTAÑO

Quien vea en la actualidad el Monasterio de Guadalupe, apenas si podrá formarse una idea de lo que era la Santa Casa en el siglo xvi. Sólo con ayuda de copiosas fuentes documentales y aguijoneando la fantasía extremadamente, logrará obtener un pálido remedo del glorioso pasado de aquellos vetustos paredones, en los que el aspecto bélico y de fortaleza cubría un verdadero pueblo entregado a numerosas industrias y quehaceres. No sólo resonaba en el recinto amurallado el tañer del órgano y el suave murmullo de los rezos, sino que eran acompañados con el recio martillo de la fragua conventual y con los múltiples ruidos que producían las diferentes dependencias en las que el trabajo manual formaba numeroso y creador marco a la extática contemplación y al embebecimiento miniaturista de los jerónimos.

Amplios cortejos de frailes, nutridas columnas de peregrinos que desde lejanas tierras venían, quienes en cumplimiento de votos, quienes en busca de milagrosas, sobrenaturales curaciones de dolencias del espíritu o de la carne.

Diversidad de lenguas, extraños atavíos indumentarios, peregrinos de bordón y calabaza, monjes que acudían a estudiar en la magna biblioteca guadalupense, grupos de doctos médicos haldudos que, a la sombra de Francisco Arceo y otros habilísimos cirujanos, buscaban el saber y la experiencia de los hospitales del Monasterio. Tal era, poco más o menos, la concurrencia de la Casa extremeña en el siglo xvi.

Vamos a servirnos de pluma ajena<sup>1</sup> para describir el estado de Guadalupe en la mitad del siglo xvi, porque es preferible el testimonio de un contemporáneo a cualquier evocación literaria que en presencia de los datos que conservamos pudiera hacerse; mucho más si la pluma que se utiliza es tan sencilla y docta como la del cosmógrafo Pedro de Medina. Leamos sus dichos sobre el Monasterio:

«Lo primero su asiento y postura es en lugar llano, en forma quadrada en manera de fortaleza. Tiene quatro esquinas: en cada vna de las dos están quatro torres fuertes, y en vna de las otras está el cuerpo de la yglesia. Y en otra vna gran librería. Los lienços de torres y muros son altos y fuertes, dentro deste quadro *que* es muy grande está fundado el monesterio. Todo este asiento y fundación es dentro de la villa *que* se llama Guadalupe. La qual villa es población de mas de setecientos vezinos: es del mismo Monesterio y el Prior prouee los officios y justicia: assi en lo Ecclesiastico como en lo secular. Toda la obra deste monesterio assi de la yglesia torre y muros como en lo demas es hecha con tal arte y primor que ninguna señal ni juntura en ella se muestra. Antes en tal manera es su labor que parece ser toda hecha de vna piedra.

La yglesia es grande de tres naues muy bien proporcionada. En el altar mayor es vn muy rico retablo, y en medio está el bulto de la sanctissima ymagen de *nuestra* señora la madre de dios. Su figura es deuotissima. Cuya vista pone spiritu de muy gran alegría y deuocion. Tiene vna vestidura de cendal. Dizese *que con* esta vino de Roma. La qual siempre permanece en vn ser. Sobre esta es vestida de muy preciosas vestiduras.

Los milagros que la benditissima madre de dios ha mostrado, y muestra cada dia en esta sancta casa nadie basta a los dezir: porque son tantos que de los que escripto que con euidencia y testimonio de verdad se han traydo y aqui se han visto pasan de tres mill: de los quales ay en esta casa muchos libros llenos. Yo vi vn libro donde es cosa de muy gran admiracion ver tantas y tan maravillosas obras de dios tales que muy claro y cierto se muestra ser hechas por su diuina mano.

Estan por las paredes y pilares de la yglesia muy gran multitud de hierros y argollas de captiuos que *nuestra* señora ha traydo sacándolos de la tierra y poder de los moros e infieles y poniendolos en esta su sancta casa. Ay muchas mortajas de difuntos *que* han resucitado.

1. Pedro de Medina: *Libro de las grandezas de España*, Alcalá, 1566.

Muchas muletas de tullidos y lisiados que han sanado. Bordones de infinitos coxos y enfermos que ha dado salud. Señales y figuras pintadas y de bulto de otros grandes milagros que ha hecho y haze que no se pueden numerar.

En esta sancta casa todos los dias y noches se hallan muchos romeros sanos y enfermos, y de todas maneras de personas con quien la bendictissima madre de dios ha mostrado y muestra grandes maravillas por la inuocacion y deuocion de su sanctissimo nombre. Esta sancta yglesia tiene muchas riquezas de cruces, calices, encensarios y otras muchas piezas de oro y plata, ornamentos de brocados y otras cosas muy ricas en mucha manera.

En este monesterio ay aposentos muy señalados. En especial vna ospederia, para reyes y grandes señores. Esta es cosa de mucha grandeza. Porque en ella ay tantas Salas, camaras y otras piezas y aposentos muy grandes obrados y dorados con tanta obra y riqueza que no se puede dezir. Aqui los reyes Catholicos y otros sus antecessores muchas vezes se aposentaron. Y assi mismo la cesarea Magestad del emperador nuestro señor y la emperatriz muchos dias que han estado en esta sancta casa ha sido aqui su aposento.

Aqui es vna enfermeria para los Religiosos muy excelente, en tanta manera que parece entrando en ella que pone a los enfermos salud y a los sanos se la aumenta. Cosa es muy grande la orden y concierto tan singular desta enfermeria y la manera della. En su Claustro es vna cisterna que tiene cien mill cantaros de agua fria para el verano. Y dentro del monesterio y fuera ay muchos caños de agua y fuentes muy buenas.

La libreria es muy grande y de muy sumptuosa y de rica labor y edificio muy bien obrado. Es adornada y llena de muchos y muy buenos libros de todas sciencias. Fuera del quadro del monesterio es otra Cerca grande y alta dentro de la qual ay cosas grandes y sumptuosas de las quales alguna parte aqui dire. Esta cerca con lo de dentro della y el monesterio tienen tantos edificios, Torres y chapiteles que mirado de lexos parece vna pequeña ciudad.

Dentro de esta cerca son dos ospitales muy ricos y adereçados con muy gran seruicio y orden y vna botica de las bien proueydas que pueden ser. Vno destes es de hombres donde se curan gran numero de enfermos de todas enfermedades y se les prouee muy cumplidamente de todo lo necessario. Gastanse en este Ospital ordinariamente en cada vn Año nueue mill Ducados porque es muy grande el numero de los Enfermos que aqui son curados. El otro Ospital es de solas

Mugeres y Mugeres hazen todo el seruicio que dentro del es menester. Son las enfermas que aqui se curan muchas de todo genero de enfermedades donde son proueydas muy enteramente y con gran Caridad de todo lo necessario.

Ay vn Colegio donde se enseñan mucho numero de Niños hijos de hombres pobres. Aqui se les da todo quanto han menester. Todos los Romeros y otras quales quier personas que a esta Sancta casa van son ospedados por tres Dias y se les da lo necessario muy cumplidamente y quando se van a los pobres se les dan dineros y calçado muy bueno para su camino. El portero del Monesterio da ordinariamente en cada vn Año de limosna de calçado mas de tres Mill pares de çapatos.

Aqui se hazen todos los oficios mecanicos que en vna Ciudad se hallan y de cada oficio ay muchos oficiales y todo lo que labran y hazen es del Monesterio. De cada oficio tiene cargo vn Frayre que es veedor y tiene cuenta y razón de todo ello; no puede un frayre tener cargo de mas de vn oficio solo. Aqui es vna Sala muy grande donde come la Compañia. Sientanse aqui a comer cada dia mas de Setecientas personas a diferentes Mesas. Cada Oficio tiene su mesa señalada y aqui mientras comen se les lee toda buena Doctrina y Exemplo. Tienen Silencio y Quietud y Seruicio como en Refitorio. A la gente que aqui come y a los demas del seruicio de la casa y Monesterio y Ospitales se halla que da el Monesterio ordinariamente cada dia Mill y quinientas raciones sin otras muchas trasordinarias. Hacen en esta muy Sancta casa continuo muchas Limosnas a todos los que a ella van. Y demas desto todo el pueblo se sustenta della.

Gastanse en este Monesterio en cada vn año ordinariamente Diez o doce Mil hanegas de Trigo y algunos años mas segun es la gente. Porque en los años que ay falta sustenta mucha mas gente. De ceuada se gastan mas de Ocho Mil fanegas. Proueese continuo de tanto pan que siempre sobra del vn año para el otro mucha cantidad. De vino se gastan en cada vn año casi veynte Mil arrovas. Es cosa de ver los Graneros donde el pan se pone y las Bodegas del Vino tan grandes y lo que en ellas ay que parece bastarian para sustentar vna Ciudad. De carne ordinariamente se gastan en esta casa en cada vn año por lo menos Seys o siete Mill cabeças de todo ganado es a saber Vacas, Carneros y Puercos y sin esto lo que se gasta de Terneras, Cabritos y Gallinas y otras aues que no tienen cuento.

Quanto media legua del monesterio es vn estanque de agua de donde muelen muchos Molinos. Entre otros es vno que se llama el

Molino Manjon: este es muy señalado porque demas de ser muy grande mas que los otros haze su mouimiento con tan gran fuerça, impetu y ligereza que mirando su rueda parece que desfallece la vista. Muele en vn dia cien fanegas de pan. La riqueza deste monesterio es tan grande que no se sabria dezir porque de solo ganado tiene mas de treynta mill cabeças. Las rentas y possessions, eredamientos y otras cosas es tanto que yo no lo sabria escreuir; las limosnas son tantas que no tienen cuenta.»

Beneficiarios y administradores de este monumento histórico, y de los crecidos intereses que sus rentas y propiedades representaban, eran los frailes jerónimos. Poseían estos reverendos los mejores monasterios de la España de entonces, y para completar sus dominios, la Majestad de Felipe II había añadido el disfrute del recién construído Escorial.

Si por tradición era eje de las preferencias de la Orden el Palacio de Guadalupe, pletórico de añoranzas y recuerdos ancestrales, por agradecimiento y como respuesta a la real confianza que les entregara a San Lorenzo, miraban este último como el brillante que más convenía destacar del joyel de sus claustros. Aunque en buena armonía, es natural que las Comunidades incrementasen la afición de reyes y grandes hacia los respectivos monasterios, discurriendo, en lógica, que dos casas tan importantes y trascendentales como Guadalupe y El Escorial no podrían seguir su ruta sin que desde arriba les viniese el apoyo.

Por ello, aprovechando las conyunturas que se ofrecían, procuraban respectivamente atraer a los soberanos hacia sus residencias, bien seguros de que tales visitas vinculaban, por decirlo así, mercedes reales hacia sus claustros. Mucho más interés tenían en ellos los de Guadalupe, porque, establecida la Corte en Madrid, la proximidad de El Escorial cercenaba posibilidades a una constante relación entre la realeza y el Monasterio.

Cada vez, pues, que había ocasión de que un Monarca les visitase, procuraban los extremeños agasajarle de manera que contrarrestase en cierto modo su actitud el alejamiento que las circunstancias de lugar le imponían.

Mucho crédito se jugaban los padres guadalupenses en ocasión tan señalada como ésta, en la que iban a coincidir los reyes de España y Portugal, y así hubieron de extremar celo y diligencia para que Felipe II, que era la previsión en persona, no hallase defectos que censurar ni excesos que corregir.

#### IV

#### PREPARATIVOS EN EL MONASTERIO

El Monarca español quería adelantarse a la llegada de su sobrino e inspeccionar por sí mismo el estado del Monasterio y los preparativos hechos para que D. Sebastián fuese recibido con el honor y comodidad que a entrambos convenía.<sup>1</sup>

Ocho jornadas duró el viaje de Felipe II desde El Escorial, en donde a la sazón se hallaba, hasta Guadalupe, al cual Monasterio llegó el día 20 de Diciembre de 1576, habiendo salido el 11. Hizo todo el viaje en coche hasta las proximidades del pueblo: allí se apeó de él y montó en una jaca pequeña. No bien hubo desembocado en la plazoleta delantera del Monasterio, cuando el Prior y monjes, prevenidos ya en la iglesia, salieron con toda solemnidad hasta la misma escalinata delante del pórtico.

El aspecto de la comitiva debía de ser deslumbrador. Venían con el Rey el Prior D. Antonio, el Duque de Alba, los Marqueses de Aguilár y Priego, el Conde de Buendía, D. Rodrigo Manuel, el Adelantado D. Rodrigo de Mendoza y su hermano D. Pedro, D. Diego de Córdoba, D. Diego de Acuña, D. Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel-Rodrigo; D. Fernando de Toledo, «sobrino y báculo del Prior de San Juan»; el limosnero Real D. Luis Manrique, el Capellán

---

1. Para todo lo referente a este capítulo, véanse las obras generales citadas y los textos que publicamos más adelante.

de S. M. D. Iñigo de Mendoza, los Santoyos, Mateo Vázquez de Leca y el Conde de Fuensalida.

Habían colocado los jerónimos en la gran escalinata una alfombra rica y en su extremo inferior, el que llegaba a la plaza, dos cojines que, según nota un cronista, «pudieran ser mejores». Presentó ante todo el Prior al Rey una cruz en la que había engastado un *lignum crucis* y llegóse éste a besarla devotamente. Con el pie rechazó levemente D. Felipe los cojines y arrodillóse sobre la alfombra para adorar la cruz. ¿Fué por humildad o porque no le parecieron tan buenos como él estimaba que le debieron ofrecer?

Levantado, rodeáronle los frailes y en procesión le llevaron hasta la primera grada del altar mayor, en el cual habían puesto un magnífico sitial de brocado con dos almohadas. Devotamente hizo oración el Rey a la Virgen y, concluída, «llegó el Prior desta sancta casa y con él todos los Priors que lo son en otras siendo hijos desta, a besar a S. M. las manos, y estaban aquí porque particularmente fué orden de S. M., que en esta sazón ningún fraile profeso de aquí faltase a éste convento». Díjose misa, que oyó el Rey con toda devoción y, acabada que fué, retiróse a su cámara. Comió en ella y en seguida bajó, sin quitarse siquiera las espuelas, a ver los aposentos preparados para los portugueses. Personalmente los revistió, dió su conformidad y diputó quién había de disfrutar de cada cual, haciendo que se inscribiesen los nombres respectivos en cédulas fijadas a las puertas.

En estos quehaceres pasó la tarde y llegó la hora de vísperas, las cuales oyó desde el coro en compañía de D. Rodrigo de Mendoza y D. Diego de Córdoba. Tocóse el órgano, díjose un *fabordón* que los frailes todos cantaron. Terminadas las vísperas, D. Rodrigo de Mendoza le condujo hasta su aposento, alumbrando el camino con un candelabro de plata. Acompañábale también el Prior de Guadalupe, con quienes conversaba el Rey. Cenó y retiróse a descansar. Con esto concluyeron los trabajos del jueves 20 de Diciembre de 1576.

Dejemos descansar a la Majestad española y acompañados de los cronistas contemporáneos giremos una visita por los claustros y aposentos del Monasterio, que bien lo merecen el cuidado y la diligencia que se empleó en adornarlos para la solemne ocasión que iban a servir.

Treinta y tres salas y cámaras estaban aderezadas<sup>2</sup> «de tapicería

2. Col. docs. inéditos, tomo VII, pág. 181.

de oro, y plata y seda, con camas de seda y brocado y damascos bordados, con blandones de cera y servicio de plata blanca» para el Monarca portugués y su séquito. Era entre todos los aposentos el más solícitamente preparado el que había de ocupar D. Sebastián en persona. Habían echado el resto, como vulgarmente se dice, los frailes jerónimos en obsequiosidades para el huésped y procuraron que nada faltara de cuanto pudiera apetecer la ostentación portuguesa. Y con habilidad de frailes, suteliza de políticos y generosidad española, supieron arreglar de tal modo la cámara de S. A., que a buen seguro *O Desejado* no encontraría tan rico asilo en ninguno de los palacios lusitanos. Los cronistas coinciden en asegurarnos la magnificencia con que estaban preparados los anchurosos locales. Felipe II halagaba así la juvenil vanidad de su sobrino. Destinóle para aposentarse la Hospedería del Monasterio.

Entrábase a las habitaciones de D. Sebastián por una sala de treinta pasos de largo y diez de ancho, tapizada con diez paños de seda y oro magníficos; pasábase después a un enorme salón de ciento cuarenta y un pasos, aderezado de igual forma que el anterior, aunque la tapicería tomaba diferentes asuntos, pues si en aquél se pintaba la historia de Noé, el argumento de los paños era en éste el complejo de los siete pecados capitales. El dosel representaba la lucha de los héroes y los dioses, entre cuyas figuras destacaba sobremanera la de un Faetón en su caída y la de un Júpiter tonante, «arrojando rayos tan ricos y con tantas piedras y cosas preciosas, que si acertaran a caer en casa de algún pobre hombre le pudieran matar muy bien la hambre». Encuadraban el dosel tres líneas latinas; a los lados, un dístico:

Quanto gravior offensa Deorum  
tanto nullae adversus Deos vires,

y por bajo, una advertencia:

Discite justitiam et non timere Divos.

Venía después la antecámara regia de D. Sebastián, ornada con seis colgaduras de seda y oro representando la fábula de Neptuno y Pomona. En el real aposento, cifra y orgullo de la hospitalidad y elegancia de los jerónimos, se habían acumulado la joyas ornamentales de la casa con el propósito de que fuera tan grata a los ojos de D. Sebastián como a los de su tío el Rey de España. El ajuar era de

tan linda hechura como extraordinario coste material; todo ello había sido propiedad de la madre del Monarca lusitano. La cama «de tela de oro morada y plata blanca cubierta de redecilla menuda de oro y plata; las cortinas de tela de oro morada adamascada y cobertor, dosel y silla de lo mismo». El suelo estaba todo cubierto de riquísimas alfombras de seda.

Por un corredor se comunicaba con la pieza conocida con el nombre de habitación *del Gran Capitán*, cuarto destinado al Camarero del Rey, y tras él se hallaba el cuarto *del Infante*, amueblado espléndidamente por la Marquesa de Miravel, la heredera del cortesano D. Luis de Avila y Zúñiga; allí se hospedó Cristóbal de Tavora. Dieciséis celdas grandes se acondicionaron para los caballeros que acompañaban a D. Sebastián, y la celda del Prior, junto a la Sala Capitular, estaba destinada a ser el mudo testigo de los graves problemas de Estado que iban a tratar tío y sobrino.

Todos estos preparativos permanecieron después de la inspección realizada por D. Felipe, excepto los hechos en la habitación del Gran Capitán. He aquí cómo cuenta el motivo de esta leve variación un testigo presencial:

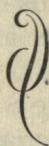
«Anticipóse un aposentador de S. A. a venir a ver el aposento de su Rey, y como llegó a la hospedería y viese el aderezo tan rico que en ella había, preguntó a unos alabarderos castellanos qué hacían allí. Dijéronle que guardaban aquellos aposentos para el Rey de Portugal, y él replicó:

—Ainda vos digo que não dexeis entrar se não fore o filho de Deus!

El dicho se ha reído, pero, en castigo de esta presunción, entró un gato y en la cama que estaba más adentro de la del Rey (*id est*, la del Gran Capitán), como no hallara cosa más acomodada, se ensució de manera que en ninguna de las del mundo se pudo aprovechar deaquella cama, a lo menos en aquel aposento, porque era muy claro y no lo fuera menos el defecto que había en ella. Mandó S. M. que la pasasen a otro más oscuro y allí estuvo algo disimulada. Han quedado desto los portugueses tan corridos como si se les hiciera una muy gran afrenta, y no lo has estado menos los criados de S. M., a cuya cuenta estaban estas cosas, y así se lo dijeron el día que llegó.»

Ricos también—pero no tanto—eran los aposentos reservados para el Rey de España y sus caballeros. En un amplio corredor caminero para el campanario, con ventanas que dan a la iglesia del Monasterio, hicieronse las necesarias obras de reparación, levantando tres tabiques, para dividirlo en varias habitaciones, de las cuales la más

cercana al altar mayor fué la escogida por Felipe II para su habitación, ya que desde el lecho podría ver a la Virgen. Las llaves de este aposento teníanlas los de la Cámara. Cercanos estaban los cuartos de los caballeros españoles, «bien compuestos y de mucha curiosidad, pero no con tanta como los de los huéspedes portugueses»<sup>3</sup>.



---

3. Las instrucciones de Felipe II para preparativos, aposentamientos, etc., están publicadas por el P. Carlos G. Villacampa en la revista *El Monasterio de Guadalupe*, 1928, págs. 4, 34, 71 y 376.

V

DE LISBOA A ESPAÑA

Don Sebastián sale de Lisboa. La opinión corriente señala el día 12 de Diciembre para la partida del Rey. Hay quien afirma que fué el 4; otros aseguran que el martes día 11: esto último, atestiguado por el músico toledano cuya *Relación* publicamos luego, parece ser lo más verosímil <sup>1</sup>.

Concuerdan los cronistas en que a D. Sebastián acompañaban muchos cortesanos; pero no sucede así al llegar a una fijación numérica. Hay quien indica que eran setenta, mientras otros aseguran que

---

1. Lafuente, en su *Historia de España*, tomo X, pág. 110, dice que ocurrió la salida el día 12; el P. Amador Rebelo en los *Apointamentos* citados, señala el día 4. (Cfr. Biblioth. Nat. de París, *Mss. Port. 15*, fols. 297-309 vuelto); Antero de Figueiredo, en *Don Sebastião*, habla imprecisamente de «a metade de Decembro»; Luis Cabrera de Córdoba, en la *Historia de Felipe II, Rey de España*, Madrid, Aribau, 1876, dice del viaje solamente que «a doce salió de Lisboa y en la ciudad de Badajoz y otras villas... fué recibido... con ceremonias y solemnidades». Sebastián de Mesa, en la *Iornada de Africa*, asegura (fol. 31 vto.) que «El Rey Don Sebastian partió a doce del dicho mes auiendole embiado [Don Felipe] sus aposentadores». Antonio Cuéllar, en *Notas sobre el Rey D. Sebastián de Portugal*, in *Rev. Centro Est. Extremeños*, I (1927), 193, se apoya en el viaje de Lisboa a Badajoz realizado doscientos sesenta años más tarde (1836) por Jorge Borrow, el famoso llamado *Tío Jorgito, el Inglés*, autor de *The Bible in Spain*, para sostener lo dicho por el P. Rebelo. Díaz Pérez, en *Reseña Histórica de las fiestas reales celebradas en Badajoz*, pág. 42, dice: «Púsose D. Sebastián en marcha, saliendo de Lisboa, según unos autores, el 2 de Diciembre de 1576, y según otros, a fines del año de 1577». Como se ve, Díaz Pérez disparataba copiosamente.

cuatrocientos y aun el doble. Fray Juan de San Jerónimo, al tratar en sus *Memorias* de la entrevista de Guadalupe, consigna el hecho de que por aquellas fechas distribuía el Monasterio aproximadamente 700 raciones diarias, y hay que tener en cuenta que en dicha cifra entraba también el séquito de D. Felipe.

Los portugueses, con la fanfarronería que les atribuyen los contemporáneos, indicaban que el Rey venía «muy a la ligera», es decir, sin ostentación y sin aquel boato cortesano a que, de creerles, estaban habituados. Más de un comentario burlesco suscitó entre los caballeros esta presuntuosidad. Recordemos las viejas coplas de un truhán guadalupeño:

Visto que hubo relación  
que venían hasta setenta  
con el Rey, según su cuenta,  
en ver que *ochocientos* son,  
a un fidalgo se presenta:

Pregúntale—entre otros cuentos—  
cuanta gente el Rey traía,  
y él dijo con osadía:

—*Não vem mais de oitocentos,*  
*que a la ligera venia...*

Veintitrés caballeros principales, cuatrocientos hombres de a caballo y dos coches, nos dice otro historiador que venían. Conocemos de nombre a los más importantes y, con variaciones de poca monta, hay bastante uniformidad en su designación por los cronistas. Entre unos y otros se pueden recoger hasta veintiuno de ellos, que son los siguientes: Don Jorge de Alencastro (Duque de Aveiro), D. Alvaro de Silva (Conde de Portalegre), D. Juan de Mascareñas, D. Francisco de Sáa, D. Luis de Meneses, D. Luis de Silva, D. Francisco de Portugal, D. Vasco Coutinho, D. Francisco y D. Cristóbal de Tavora, D. Diego López de Lima, D. Francisco Barreto de Lima, Miguel de Moura, Manoel Coaresma, Pedro d'Alcaçova, Conde de Sortella, don Luis de Ataíde, D. Juan de Melo, D. Juan de Silva, D. Lucas de Andrade y D. Álvaro Pires. ¡Cuán ajenos estaban entonces de que la mitad de ellos caerían con su Rey en la desastrosa jornada que tan alegremente gestionaban!

Acomodáronse S. A. y el séquito en una galera real que les llevó hasta cerca de Aldeia-Galega. Allí tomaron un bergantín y varios bajeles, que a fuerza de remos los condujeron, anochecido, al pueblo. No había previsión suficiente para la grandeza real. Ruines las posa-

das; los paradores, menos que medianos. La ciudad, sin embargo, recibió al Rey lo mejor que pudo y supo. Pusiéronse dos mesas: en una, D. Sebastián; en otra, enorme, los caballeros. La cena, de acuerdo con el real gusto, fuerte, con muchos servicios de carne <sup>2</sup>.

El aposento, esmero de la villa, entapizado de carmesí. La cama, grande, de tres altos.

Mucho descanso tuvo el Rey para ser comienzo de tan larga jornada: levantóse tarde y ya eran pasadas las diez de la mañana cuando se le sirvió el almuerzo: a las once, nuevamente de camino, hasta Landeira, a cinco leguas de Aldeia-Galega.

Landeira, pueblecillo de hasta veinte casas, recibió a S. A. con todos los honores locales: a la entrada esperaban los vecinos endomingados, dirigidos por el cura del lugar, llevando a su frente la cruz. Nuevo descanso de la comitiva. El aposento, menos ostentoso que el del día anterior, estaba decorado con tapices verdes.

El jueves, 13, muy de mañana, a las ocho, salieron para Montemor: todo el día caminando. Aquí hubo que utilizar de nuevo para la cámara el color carmesí que había servido en Aldeia-Galega. Tan escaso era el equipaje del Rey, que sólo traía dos aderezos y dos aposentadores.

El primer pueblo importante señalado en el itinerario real era Evora. Urgía, pues, llegar pronto para evitar el fastidio aldeano y compensar, con el regalo de tan gran ciudad, las incomodidades inherentes a los lugarejos. Oyó, pues, S. M., bien temprano, misa. Comió carne, con la general extrañeza, por ser viernes; los caballeros, pescado. A las ocho púsose el Rey a caballo y a las cuatro de la tarde echó pie a tierra ante la ciudad de Evora.

En la planicie evorense, a la entrada de las amplias vías, esperaba al Monarca la ciudad en pie. El Obispo, los Inquisidores, el Claustro de la Universidad, le aguardaban; más adentro, el Cardenal D. Enrique. Unidos todos, condujeron a D. Sebastián hasta el Palacio. El descanso fué mejor que el de los días anteriores y el recibimiento estuvo a la altura esperada, teniendo en cuenta la importancia de Evora.

Veamos cómo nos la describe un cronista <sup>3</sup> casi contemporáneo:

---

2. Cfr. los textos que luego publicamos. De allí se toman las noticias para redactar este capítulo, en su mayor parte.

3. El mss. anónimo de la Bib. Nac. de Madrid, titulado *Floresta Española*, escrito muy a comienzos del s. XVII, fué publicado en la *Revue Hispanique*, tomo 34, página 300, con el título de *La Península Ibérica a comienzos del siglo XVII*.

«La tercera iglesia metropolitana, en Portugal, es la de la Ciudad de Eborá, que está fundada en la provincia de Alemtejo, cuya fundación la tienen en Portugal por muy antigua aunque de cierto no se sabe. En la *Chronica* del rey Don Alfonso Enriquez se refiere que en el año 1154 ganó esta ciudad a los moros...

Está puesta Eborá en un llano, tiene salidas espaciosas, tiene una buena plaza circundada toda de portales, que los portugueses llaman *barandas*, y en ella ay vna fuente, que llaman de la plata, cuya agua fue traída aquí por el rei Don Juan 3 de Portugal; viene de tres leguas de Eborá, y llamanla así porque costó muchos ducados.

Ay buenos edificios y yglesias parrochiales, y 8 monasterios de frailes y 6 de monjas, y un colegio de la Compañía. Ay Tribunal de la Inquisición y Unibersidad aprobada. Ay muchos caballeros y muchas viñas, y todos bastimentos; ay muy grandes dehesas, do se apañentan gran suma de ganados. Tiene cercana la bera de Paramanca do ay muchedumbre de huertas y do se cogen extremados vinos.»

De Evora y después de almorzar, como de costumbre, carne don Sebastián y pescado sus acompañantes, salieron a las nueve de la mañana del sábado 15 de Diciembre con dirección a Estremoz. Recibióle la ciudad con algunos caballeros y—según el testimonio de un cronista—«con bien poco sentimiento de alegría».

Pensó D. Sebastián no caminar el domingo, quizá en atención a la festividad, pero el ardiente deseo de encontrar a Felipe II y acaso, acaso, la frialdad con que le habían recibido, modificó este propósito.

Así, pues, a la mañana, oída misa, partió para Elvas. ¡Bien diferente recibimiento el de esta villa al de Estremoz! Elvas, ciudad fronteriza, lindísimo lugar colgado de una montaña, mucho más semejante a las poblaciones andaluzas que a las portuguesas, ardió en fiestas para recibir a su Rey <sup>4</sup>.

Más de mil personas acudieron a esperarle, las quinientas a caballo, con la Justicia y Regimiento. Aquí aguardaba a S. M. una gratísima sorpresa para quien como él estaba obsesionado por la idea guerrera: Elvas había dispuesto en un llano, a la entrada, cuatrocientos hombres de armas con picas y ciento cincuenta arcabuceros que a la entrada del Rey le hicieron salva de honor y le llevaron hasta la ciudad.

(4) A la estancia en Elvas del Rey D. Sebastián dedicó un estudio mi querido amigo el ilustre bibliófilo portugués D. António José Torres de Carvalho en el periódico local *Correio Elvense* hace muchos años. Ni él ni yo hemos logrado rescatar un solo número para haber podido citarlo aquí rigurosamente.

Repartiéronse los caballeros por las mejores posadas que había y S. M. descansó en un palacio harto bien aderezado. El embajador español, D. Juan de Silva, presentó a D. Sebastián ciertos caballeros españoles que habían venido desde Badajoz para servirle y acompañarle. Buena impresión debió de causar esto en el ánimo de D. Sebastián y no menor en el de Silva, por cuanto aquella noche le ofreció un espléndido banquete.

Era Elvas el último pueblo portugués <sup>5</sup> de la jornada. Sólo a unas leguas estaba la frontera española, el mísero riachuelo Caya, en invierno con agua pero en verano seco. ¡Menguada línea divisoria que apenas si tiene vitalidad para subsistir y que sin embargo es muro infranqueable y opuesto a la confusión de dos naciones hermanas!

La noche del 16 debió de estar preñada de preocupaciones para don Sebastián. Dentro de pocas horas podría estar en España para dar comienzo a la jornada más trascendental de su vida. Hasta aquí era Rey; de la línea en adelante, sólo huesped. ¿Cómo lo recibiría el pueblo español? ¿Qué respuesta daría Felipe II a sus preocupadas interrogaciones?

No se atrevió a salir el 17, lunes, y permaneció todo ese día en Elvas, acaso meditando sus normas de conducta política en el futuro inmediato. La noche del 17 fué la última que pasó en tierra portuguesa. Descansado, con nuevos alientos, emprendió al día siguiente la marcha para Castilla.

El primer lugar que le ofrecía hospedaje era Badajoz. En el siglo xvi tenía la ciudad una importancia extrema. Su situación privilegiada con respecto a Portugal—paso obligado—atraía multitud de pasajeros y feriantes que llenaban el recinto urbano apretado por las murallas. Acaso D. Sebastián y sus caballeros no conocían otra cosa sino las descripciones existentes en libros vulgares, en geografías, en las *Grandezas de España*, de Medina <sup>6</sup>. Tal vez un caballero del séquito le leyese el siguiente pasaje:

5. Díaz y Pérez, en su *Reseña Histórica de las Fiestas Reales celebradas en Badajoz*, Madrid 1899, pág. 42, dice que desde Elvas hasta Badajoz acompañó a D. Sebastián el Obispo de Elvas D. Antonio Mendes de Carvalho, primer prelado de aquella sede.

6. *Primera, y segvnda | Parte de las Grandezas y cosas notables | de España. Compuesta primeramente por el Maestro Pedro de Medina, | vezino de Seuilla, y agora nuevamente corregida y muy amplía | da por Diego Perez de Messa. Catedratico de Ma- | temáticas en la Vniuersidad de Alcalá. | Dirigida al muy catolico, y muy poderoso | Rey don Philippe, segundo deste nombre, nuestro Señor. | España | [Mapa de España] | Con Pri-*

«Es la ciudad de Badajoz, vna de las principales no solamente de Estremadura sino tambien de toda la Lusitania. Esta asentada cerca de la buelta, y torcedura, que haze el rio Guadiana, para endereçarse al medio dia y esta puesta destotra parte del rio hazia Oriente, apartada vna legua de la raya de Portugal. Es ciudad muy hermosa de muchas güertas, jardines y recreaciones, muy abundante de pan, vino, azeyte, carnes y pescados, y muy proueyda de frutas, y de todos los otros mantenimientos, y cosas, que son necesarias a la vida, y sustento de los hombres. Llamose antiguamente este pueblo Pax Iulia, o como otros quieren Pax Augusta. Esta puesta en tierra muy bien poblada porque tiene cerca de si la ciudad de Ielues, y la villa, y castillo de Alburquerque, y a Xerez de Badajoz y otros pueblos muy principales.»

Un docto varón<sup>7</sup> de aquellos tiempos, cuyo nombre no nos ha legado la historia, describe así la ciudad del Guadiana:

«Juntándose con los muros desta çidad, se pasa a ella por una larga y hermosa puente, en cuyo remate y principio de los muros esta una sumptuosa puerta que son dos fábricas tales que, siendo en nuestros tiempos Luis de Morales, famoso pintor en ella, se diçe por excellençia que en Badajoz ay tres p. p. p. mui notables, que son: puente, puerta y pintor... Tiene 4 iglesias parrochiales, 4 monasterios de frailes, 2 de monjas. Labranse aqui mui buenas bergas de ballestas, y mas las del maestro Grajales que son famosas. Suelen salir de aqui buenos soldados. Ay muchos hijos de algo. Es tierra de mucho pan y bino y azeites. Goça de naranjas. Ay mucha miel y çera. Está cercada de antiguas murallas. Ay en la semana mercado franco, y una feria de mucho ganado que se haze el dia de S. Marcos, en 25 de Abril. Suelen salir de aqui muy buenos caballeros. Ay otros dos rios, llamados Çebora y el Zaya: en Çebora se crian mui buenas truchas. Su clima es mui caliente y frià. Esta puesta en 39 grados y 21 minutos. An salido de aqui barones señalados...»

Don Sebastián recordaba, seguramentè, estas y otras noticias parecidas de las corografías y descripciones usuales. Pero sobre sus pensamientos, ardía el interés de la jornada. Los instantes entrañaban

---

vilegio. / Impreso en Alcalá de Henares, en casa de Iuan Gracian, que sea en gloria. Año 1595. / [Filete] / A costa de Iuan Torres, mercader de libros., fol. 189. Biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid, signatura, 14-9-3-3.168. La primera edición es de la primera mitad del siglo xvi.

7. Mss. citado en la nota 3.

honda preocupación espiritual para el hijo de Juan III. De la actitud del pueblo castellano y de su Monarca dependía casi con exclusividad el renacimiento del imperio portugués. Cualquier accidente que turbase una buena armonía, cualquier caso fortuito podía destrozar estas esperanzas. El camino de España se acertaba con presteza.

Sólo faltaban pocos kilómetros para que el Monarca portugués entrase en Castilla. ¿Llegaría? ¿Obedecería los repetidamente manifestados deseos de sus súbditos? El día se entintaba con los oros de un sol pálido, invernizo. El Rey iba solo, delante. A distancia respetuosa le seguían los caballeros. En la lejanía se divisaba el tropel de los castellanos que aguardaban al Monarca. A unos centenares de metros de la raya fronteriza, detúvose en un alto brusco, se izó sobre los estribos y con la mano puesta en la frente, a guisa de pantalla, oteó el horizonte <sup>8</sup>. ¿Vacilación? ¿Duda? Poco duró. El caballo, floja la rienda, emprendió de nuevo la marcha. A las doce de la mañana entraba D. Sebastián, Rey de Portugal, por vez primera, en tierra española.



---

8. Cfr. Juan de San Clemente: *Carta a Ambrosio de Morales*, que publicamos más adelante.

---

## VI

### HORAS EN BADAJOZ

Al pisar la raya, franqueó el mísero puentecillo internacional y tomó una posta, que le llevó casi tres cuartos de legua, hasta cerca de la puerta de Santa Marina. Allí le esperaba el Obispo de Badajoz con el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral pacense, a caballo. Apeóse la dignidad eclesiástica y, detenida la comitiva extranjera—el Rey delante, detrás los caballeros—, les hizo un agradable razonamiento de salutación.

Harto contento fué para D. Sebastián este recibimiento y así lo hizo presente en unas pocas palabras con que contestó a su Ilustrísima. Acabadas las cortesías, el Rey se llevó la mano al sombrero y agachó un poco la cabeza hacia adelante sonriendo. El Cabildo volvió a montar a caballo y partió hacia Badajoz para preparar el recibimiento que en la Catedral había de hacersele.

A poca distancia del puente de Palmas esperaban al Rey cien arqueros ricamente compuestos, enviados por la ciudad para proteger su persona y séquito.

Brillantes las armas, los vestidos costosísimos, hicieron mella, sin duda, en el ánimo real. El Alguacil Mayor iba por Capitán de esta guardia. Ciento cinco caballos de posta puso a disposición del Rey el Correo Mayor de Castilla, D. Raimundo de Tassis, los cuales fueron distribuídos entre los hidalgos portugueses que precisaban relevo.

Dieron la vuelta con el cortejo para entrar por la puerta de Santa

Marina, en donde ya estaba reunida la ciudad. La Justicia Mayor y el Regimiento, ataviados de finísima seda, con mangas abiertas y en punta, coloradas y amarillas, botas blancas y gorras de plumería, amarillas las calzas y los jubones.

La disposición era la siguiente: Dos maceros abriendo la marcha, luego los escribanos de Cabildo, el Mayordomó y Procurador General, detrás los regidores y por último la Justicia. Al llegar a Santa Marina sonaron las trompetas, sacabuches y chirimías, tan concertadamente, que a todos produjo honda emoción. Un palio riquísimo y enorme, cuyas veinte varas tomaron otros tantos regidores, cubrió al Rey, que cabalgaba aún en su pequeño cuartazgo. Badajoz seguía a pie al Monarca.

El Alcalde Tejada había tomado sus disposiciones de policía urbana <sup>1</sup>. Mandó que fuesen barridas todas las calles y que se entapizaran los balcones y casas por donde había de pasar el Rey. Don Diego de Hoyo, Corregidor y Justicia Mayor, y el Obispo de la diócesis, extremaron tanto su celo en este sentido, que no poco tuvieron que admirar los forasteros de la solícita previsión extremeña.

Desde Santa Marina subieron por la calle de San Francisco

do hay mucho moço gallardo  
y damas a las ventanas,  
de hermosura dechado <sup>2</sup>

hasta dar vista al Campo de San Juan: destacante la inmensa mole cuadrada de la Catedral pacense.

En la puerta del Perdón le aguardaba el Obispo, revestido de Pontifical, con toda la clerecía y una inmensa muchedumbre, que a duras penas podían contener los cien arqueros de guarda. La calle de Comedias, la de la Munición Vieja, la de San Blas, la de Hernando Becerra, la de San Juan, apiñaban en sus esquinas a la multitud expectante.

Cuando apareció el Rey en la Plaza, hubo un silencio solemne. Descabalgó. Apenas sus pasos resonaban en el pavimento. La multitud no tenía más que ojos. Don Sebastián subió unos escalones de la

1. Díaz y Pérez, *op. cit.*: «El Regidor D. Simón de Silva y Chapín fué el encargado por la ciudad para erigir los cuatro arcos triunfales y alegóricos en las calles del tránsito hasta la puerta de la Catedral. El Juez de la saca, D. Juan Bravo y Saravia, con corchetes, menistriles [*sic*] y alguaciles, velaban por el orden en toda la carretera». Págs. 43-44.

2. Cfr. Joaquín Romero de Cepeda: *Famosísimos Romances*, que publicamos luego.

grada, llegó a donde estaba el Obispo y, destocado, se hincó de rodillas y adoró la cruz que le presentaban. Su Ilustrísima preguntó al Monarca:

—¿Quiere V. A. entrar en la Iglesia, si es servido, a hacer oración?

Y respondió sonriente el Rey:

—A iso venho <sup>3</sup>.

Levantóse y miró a la inmensa muchedumbre. En un ángulo de la plaza, un hombre, ¿Alonso Maladros, el Organista; Luis de Quiñones, el Maestro de Capilla?, distribuía emocionadamente unos papeles pautados a otros varios, portadores de instrumentos. Y cuando el Rey iba entrando en la Catedral, oyóse un concierto musical bien acordado y surgió la voz de los cantores. Quedó quieto D. Sebastián escuchando el siguiente villancico a él dirigido, que acaso cantó la buena voz de Francisco Franco o de Juan Barquero:

Rey tan mozo y tan lozano  
 guarde Dios y a nuestro Rey  
 y acreciente Dios su ley  
 y el sancto nombre christiano.

Dele fructo digno dél  
 tal que dél sea Dios servido  
 y sea dél tan querido  
 qual Daudid su sieruo fiel.

Dé Dios vida a tal donçel,  
 tan mozo, bello y lozano,  
 y acreciente Dios su ley  
 y el sancto nombre christiano.

Y de aqueste ayuntamiento  
 destes dos tan altos reyes  
 en paz prosperen sus greyes  
 y les dé honra y contento.

Salga de aquí un fundamento  
 que sea gloria al soberano  
 y acreciente Dios su ley  
 y el sancto nombre christiano.

Levante España su nombre  
 en toda gente y nación  
 y en sancta congregación  
 de Christo viva todo hombre.

---

3. Cfr. San Clemente, *Carta a Ambrosio de Morales*.

Todo infiel turco se asombre  
con este nombre lozano  
y acreciente Dios su ley  
y el sancto nombre christiano.

Sea del mundo quitada  
toda mácula y mancilla  
y Portugal y Castilla,  
Francia y Roma prosperada.

La Santa Fé sea ensalzada  
por este Rey tan lozano  
y acreciente Dios su ley  
y el sancto nombre christiano <sup>4</sup>.

En el interior del templo había un dosel con su sitial puesto cerca del altar mayor; al llegar allí «se humilló y no hincó las rodillas sobre los coxines, sino sobre el dosel no mas, y hauiendo hecho oración esperó a oír los versos y oración que el Pontifical manda se diga a las entradas y recibimientos de los Reyes naturales; los quales dixo en canto su Señoría Reuerendissima y después le echo la bendicion Episcopal y con esto salio su Alteza de la yglesia» <sup>5</sup>.

Al salir de la Catedral, dos mujeres pidieron merced al Rey: anciana la una, casi niña la otra. Doña Antonia y doña Catalina, madre y esposa respectivamente de D. Diego de Monroy, muerto a mano airada por Juan de Morales, <sup>6</sup> un caballero de Badajoz que buscó refugio en Portugal. Con dolor reconcentrado la primera, a gritos la segunda, pidieron al Rey la extradición del culpable. Pero no lograron la Real gracia suplicada.

En el campo de San Juan tornó a subir en su cuartazgo y de nuevo bajo palio, y acompañado por la ciudad, emprendió la ruta para la cárcel. Había otorgado Felipe II a D. Sebastián facultades reales castellanas y entre ellas la de soltar presos. Sabia previsión porque era no sólo una merced al Monarca, sino porque le hacía conquistarse en ciertos casos el afecto y la gratitud de los pueblos.

Algún cronista sebástico dice con respecto a estas facultades que «El Rei D. Sebastião teve tal modestia que de nenhuma quis usar». Esta aseveración es notoriamente inexacta: el testimonio de los cronistas castellanos patentiza que D. Sebastián utilizó tales prerrogati-

4. Cfr. Cepeda, *op. cit.*

5. Cfr. San Clemente, *op. cit.*

6. Cfr. Torres Tapia: *Crónica de la Orden de Alcántara*, tomo II, pág. 455.

vas, sobre todo en Badajoz. El Ayuntamiento tenía juntos en el zaguán de la cárcel noventa y dos presos: unos por deudas y otros por haber quedado sin parte contraria. A todos dió suelta con mano liberal.

vino luego por la plaza  
do ay mucha dama mirando  
muchos doseles de seda  
de fino paño y brocado  
por el suelo y las ventanas  
de mujeres ocupado <sup>7</sup>.

Por las carnicerías y la calle de la Concepción llegaron a la Real de Chaparro y desde allí al campo de San Andrés.

El campo de San Andrés, la más linda plaza de Badajoz, estaba llena de tapicería: los balcones engalanados y en ellos multitud de damas ávidas de conocer al joven Monarca. Bajó luego la comitiva por la vieja calle de la Trinidad y al llegar a la Puerta de este nombre, hízose un alto. El Corregidor humillóse al Rey y besóle la mano; palabras de gratitud salieron de la boca de D. Sebastián:

diziendo que aquel servicio  
él lo tomava a su cargo  
para que Su Magestad  
sea de todo informado  
y que él dará noticia  
de su gouierno y cuydado  
agradesciendole muého  
lo que en esto ha trabajado <sup>8</sup>.

Hízole acatamiento y despedida también el Cabildo Catedral, entregóse el Estribeiro Mayor en el magnífico palio con que la ciudad obsequiaba al Rey y acompañados los portugueses por la guarda castellana hasta el Rivillas, acomodáronse en las postas y salieron del término de Badajoz. Solos ya, y mientras Badajoz se ocultaba en la lejanía, D. Sebastián, vuelto hacia el Duque de Aveiro, le preguntó:

—¿Qué os parece desto, Duque,  
qué aueis de aquesto notado?  
—Muy bien, respondiera el Duque,  
a vuestra Alteza han honrado;

7. Cfr. Cepeda, *op. cit.*

8. Cfr. Cepeda, *op. cit.*

la ciudad de Badajoz  
mucho aura en esto gastado,  
la riqueza de Castilla  
bien se nos yua mostrando 9.

Muy satisfecho debió de salir D. Sebastián de la jornada de Badajoz. Para mayor éxito de todo, el día era festivo, de los que más se solemnizaban en la ciudad.



9. Cfr. Cepeda, *op. cit.*

## VII

### DE TALAVERA A MEDELLIN

Corriendo la posta llegaron a Talavera y allí hicieron noche. Una grata sorpresa les aguardaba y es la de que el aposentamiento corría por cuenta del Rey D. Felipe y hallaron tan bien aderezadas las posadas, con tanto gusto, riqueza y ornato que un criado del Conde de Portalegre, admirado del cuarto que se destinaba a su señor, exclamó:

—¡Consagro a os Evangelhos que não pode aqui dormir se não Deus!<sup>1</sup>

Todo el gasto, desde la raya fronteriza, había dispuesto el Monarca español que se pagase a su cargo. Don Juan de Silva llevaba muy buen cuidado de que se hiciera así y cuando los portugueses intentaban adquirir algo, hallábanlo ya pagado por orden real.

Porfiaban los lusitanos en que se les tomaran sus dineros y para acabar con estas importunaciones dió orden Silva de que se recogiesen al mayordomo de D. Sebastián trescientos reales a cuenta de los gastos, ofreciéndoles aquella misma noche una espléndida cena en la que se gastaron más de cuatrocientos escudos.

Harto agradó el banquete a D. Sebastián, que por vez primera probaba las delicias culinarias extremeñas. Seguramente que gustó el succulento *caldillo*, la *cachuela*, fuerte y especiosa, o los bien adobados *chicharrones* y para postre las *perrunillas*, *magdalenas*, *pestiños*, *gañotes* y *flores* enmeladas, típicas de aquella región y aquella

---

1. Cfr. la *Relación del Músico Toledano*, que publicamos luego.

época, todo ello bien regado con tinto de Cuacos, blanco de Jarandilla o tresaniejo embocado de la Corchuela <sup>2</sup>.

El arte coquinarío extremeño, que iba a imponer sus recetas a la cocina francesa de 1807 en adelante, gracias a aquel magnífico *Libro del Convento de San Benito de Alcántara*, llevado como precioso obsequio por el General Junot a su esposa Mme. Laura, la futura duquesa de Abrantes, conceptuado por el gran Maestro Escoffier en *Le guide culinaire* como «el máximo trofeo, lo único ventajoso que logró Francia de aquella guerra,» tenía ya en el siglo xvi una espléndida floración <sup>3</sup>.

Agradóse tanto D. Sebastián de la comida que aquella noche cenó

---

2. Estos vinos, que son los mejores de Extremadura alta, figuran juntos en una copla popular que dice así:

El tinto de Cuacos,  
De Jarandilla, el blanco;  
De Pasarón, el clarete;  
De Jaraíz, de toda suerte.

Tienen fama las tierras de la Vera de Plasencia de poseer exquisitos caldos. En las *Amenidades, Florestas y Recreos de la Vera Alta y Baja de Extremadura*, delicioso libro de Gabriel Acedo de la Berrueza, refiérese una anécdota que por ser casi contemporánea de D. Sebastián y de Carlos V, recogeremos aquí. Dice, pues, así:

«Preguntado en una ocasión un alemán de los que al servicio del Emperador estaban, que dijese cuál tierra del mundo de las que había estado parecíale mejor, hizo esta dilación, respondiendo así: «Lo mejor del mundo es España, y lo mejor de España es la provincia de la Vera, y lo mejor de la Vera es Jarandilla, y lo mejor de Jarandilla, es la bodega de Pedro Acedo de la Berrueza; allí es lo mejor del mundo, y allí quisiera que me enterraran para irme al cielo, porque tiene el mejor vino del mundo.» Celebró mucho el Emperador la respuesta del alemán, y sabido el caso por el tal Pedro Acedo, que era honrado y generoso hidalgo, le llamó a su casa, en compañía de otros amigos, y entraron en la bodega y gustaron el vino que en ella había, y después le dijo al alemán que cuál le parecía mejor de todo el vino que había en su bodega, el cual alemán señaló dos tinajas de las que mejor le parecieron entre las demás, de mejor olor, gusto y sabor. Pues la una, dijo Pedro Acedo, será para el Emperador, y la otra para V. S., y supuesto que mi bodega es la mejor del mundo y V. S. sabe el camino, véngase por acá siempre que gustare, que en todo tiempo será bien recibido. Conque se partió a palacio muy contento, y contó al Emperador lo que habíale ocurrido con el dicho Pedro, que también celebró mucho, y más el dicho alemán cuando vió entrar por palacio las cargas de vino que habían prometido.»

3. Una buena apología de la cocina regional extremeña, con indicaciones útiles para el siglo xvi existe en la excelente *Guía del buen comer español*, de mi docto amigo Dionisio Pérez, Madrid 1929, págs. 40-55.

más que de ordinario y mandó que siempre le guisasen, de allí en adelante, cocineros castellanos <sup>4</sup>.

Descansó en Talavera y bien temprano salió para Mérida a cuya ciudad llegó a las dos de la tarde. ¡Qué diferencia entre los recibimientos que hacían en España a D. Sebastián y los de Portugal! En Mérida aguardaban a S. A. el Vicario y doce Regidores de la ciudad vestidos con ropas de terciopelo carmesí, forradas de raso amarillo, calzas y jubones de raso blanco. Llevaban consigo un magnífico palio con doce varas bajo el cual le cobijaron hasta la iglesia.

Hecha oración condujéronle a sus aposentos con gran concierto y solemnidad. Mérida, penetrada de quién era y cuáles los intentos del regio visitante, se desvió por obsequiarle. Los Regidores y el pueblo a porfía quisieron hacerle grata la estancia y hasta un soldado, no teniendo acaso otro mejor presente que ofrecer, entregó a D. Sebastián un soneto, hijo de ruda minerva, pero de buen deseo:

De las estrellas y rodado vuelo  
que observamos del cielo soberano  
se halla que aquel tiempo es muy cercano  
que habrá un cetro y pastor por todo el suelo.

No faltan conjeturas de que un velo  
por gran prosapia y con el cetro austriano  
ha de ser quien con cierta y pronta mano  
hará lo que promete el alto cielo.

El tiempo ya se fué y el gran señor  
que habrá de conseguir cosas tan bellas  
claro está que lo habrá ya dado Dios:

En vos vemos las letras y el valor  
y así sin calcular ni ver estrellas  
basta que sospechemos que sois vos <sup>5</sup>.

4. Cfr. la *Relación del Músico Toledano*.

5. Consérvase en el British Museum, fondo español, *Add. 20.934*, tomo de papeles varios en 4.º, papel XII, folio CX-CXI vto., con el siguiente título:

—*Soneto que dió un soldado de Mérida al Rey Don Sebastián quando iba a verse con Felipe II de Castilla en Guadalupe.*

Comienza:

*De las estrellas y rodado vuelo...*

Vide: Pascual de Gayangos, *Catalogue of the manuscripts in the spanish language in the British Museum*, London, 1893, vol. I, pág. 607. El soneto carece en absoluto de valor literario, y si alguno tuviera se lo haría desaparecer totalmente la bárbara cons-

Casi ininteligible, por entre sus bárbaros versos vemos un aliento y un apoyo que, por estar concebido entre armas y dado a luz en campamento, debió de ser gratisimo a quien sólo ponía su imaginación en empresas bélicas.

Por eso, aunque D. Sebastián se agradaba mucho de suntuosos recibimientos, mayor alegría le procuraban aún los que consistían en exhibición militar. Al salir el jueves, 20, de Mérida para Medellín, pasó por un lugarejo de escasos vecinos y, como acudieran a recibirle cuatro hombres solos, tres con picas y el otro con un arcabuz, holgó mucho de ello. A media tarde del mismo día llegó el cortejo a Medellín.

Era Señor de Medellín el Conde del mismo título, D. Rodrigo Jerónimo de Portocarrero, caballero de la Orden de Alcántara, casado con doña Juana de Córdoba, hija del segundo Marqués de Pomares y de doña Francisca de Zúñiga y Lacerda.

Don Rodrigo Jerónimo, hombre de una ostentación y bizarría extraordinarias, quiso preparar al Monarca portugués un recibimiento digno de su persona y ordenó fiestas de toros, juegos de cañas y palio, todo lo cual no pudo ejecutarse porque Felipe II, conociendo a su súbdito, no consintió que el vasallo aspirase a un señalamiento digno sólo de la realeza.

---

trucción del copista, que debía de desconocer el castellano. Es inédito. En el texto proponemos algunas correcciones, pero el original dice así:

—*Indo el Rey D. Sebastian para Guadalupe, a verse com seu tio El Rey de Castilla Phelipe 2 passando por Merida the deu hñ sol.º o seguinte soneto.*

De las estrellas y rodado buelo  
que observemos del cielo soberano  
se alla que aquel tiempo, es ya cercano  
que avrá un sceptro y Pastor por todo el suelo.

No faltarán congeteiras que un uelo  
por sa gran prosapia, y sceptro Austriaco  
ha de ser quien con certa y justa mano  
hará lo que promete el alto cielo.

El tiempo ya se fué y el gran señor  
que avrá de alabar cosas tan altas  
claro está que la avrá ya dado Dios.

En vos vemos las letras y el valor  
y así sin calcular ni ver estrellas  
basta que sospechemos que sois vos.

Y que hubiera sido así lo abonan otros actos de gentileza realizados ya por Medellín. Oigamos cómo los refiere el ingenioso extremeño D. Luis Zapata <sup>6</sup> de Chaves en su *Miscelánea*.

«Por un neblí perdido que estaba en el aire, ni en diez y seis días se había podido hallar, dió el Conde de Medellín... a D. Luis de Guzman, hijo del Marqués de la Laguna, setecientos ducados, y hallose despues porque la largueza de la compra no quedase tambien en el aire.

Mas de estas larguezas del Conde de Medellín no hay que espantar, pues dió por un caballo ruzio a un caballero de Córdoba nueve mil ovejas con sus padres y perros, y todo un hato como si volara.»

Afirma Solano de Figueroa <sup>7</sup> que era «muy ostentoso y bizarro en todas sus acciones, seruiasse con gran magestad y grandeza y tan dado a todo genero de caza que era su unico empleo» <sup>8</sup>.

Salió a recibir a D. Sebastián juntamente con su hijo D. Juan y con algunos caballeros, parientes y parciales suyos. Llegados a la comitiva, pidióle la mano al Rey, pero éste, teniendo en poco a un noble provinciano a quien no conocía, ni se la dió ni se quitó el sombrero.

Fué presentando uno a uno a todos los que con él venían y al llegar al primogénito del Condado se limitó a decir:

—Este es D. Juan, mi hijo mayor.

6. Véase: *Miscelánea, silva de curiosos casos*, por Luis Zapata de Chaves, señor de Cehel, ed. A. R. Rodríguez Moñino, Madrid [1931], pág. 109.

7. Cfr. Juan Solano de Figueroa y Altamirano: *Historia y Santos de Medellín, culto y veneración a San Eusebio, San Palatino y sus nueve compañeros mártires*, impreso en Madrid por Francisco García y Arroyo, 1650. Véase el párrafo referente al tema:

«155. Sucedió en el estado de Medellín a su padre Don Iuan Portocarrero, tercero conde, Don Rodrigo Geronimo Portocarrero, quarto conde de Medellín, Cauallero de la Orden de Alcantara; muy ostentoso y bizarro en todas sus acciones, seruiasse con gran magestad, y grandeza, y tan dado a todo genero de caça que era su vnico empleo. Fue muy fauorecido del Rey Don Sebastian, a quien en la jornada, que hizo a Guadalupe (para despedirse de su tio el Rey Salomon de España, y consultarle la malograda intentada empresa de Africa) assistió y siruio con tanto lucimiento, y ostentacion, que desde Mérida a Guadalupe (que ay 19 leguas) hizo toda la costa al Rey, y a su casa, en que gasto mas de quatrocientos mil ducados. Y entre otras cosas de valor le dio cinquenta caballos con sus jaezes y aderezos. Y su alteza se mostró agradecido en lo que pudo y visito a la Condesa su muger, que se auia ido a possar (por dexarle todo su palacio) a las casas, que oy viue el Licenciado Don Alonso Velazquez, Vicario de Medellín...»

8. Cfr. *Op. cit.*, fol. 138 vto.

Un caballero de los que le acompañaban, estimó acaso que el Rey no había hecho el reparo que debía en persona de tan alta nobleza, y adelantándose un poco hacia él exclamó:

—El Señor D. Joan es el hijo mayor de Su Señoría.

De que, según un testigo, «los que con el Rey uenían lo rieron no poco y el Conde se corrió harto más».

Conociendo el carácter de D. Rodrigo Jerónimo, fácil es adivinar el enojo que semejante caso ridículo le produciría. Muy mucho debió de acrecentarlo lo sucedido después. Fué la ocasión el presentar al Rey dos hombres de la guarda, caballeros en soberbios alazanes magníficamente arreados, diciéndole:

—Estos, Señor, son los leales.

Mucho agradó al Rey la gentil apostura de ambos y mandóles que pasaran adelante, lo cual ellos hicieron de muy buena gana, sino que al volverse, al uno reparó un poco el caballo y saltando ciertas motas de polvo fueron a dar en cara a D. Sebastián, quien importunado con la molestia, dijo:

—Apartarvos; jestos homes não são leales...!<sup>9</sup>

Con estos y otros sucesos, dieron vista a la puente de Medellín, fábrica romana que aún hoy resiste los embates del tiempo con mejor fortuna que otras construcciones locales contemporáneas. Pasado, entraron en la villa y al llegar a casa del Conde, pudo percatarse el Rey de quién era su huésped. El suntuoso palacio propio había sido desalojado incluso por la Condesa que fué a vivir a las casas que muchos años después ocupó el Arcipreste.

El cuarto principal de la mansión se reservó para D. Sebastián. Daban acceso a él una antecámara y una cuadra riquísimamente alhajadas y cubiertas de suntuosa tapicería de oro y seda. En la cámara se le puso un lecho magnífico que había sido de la madre de D. Sebastián.

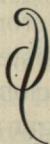
La cena ofrecida aquella noche debió de ser apropiada a la ostentación de D. Rodrigo. Baste apuntar que trajeron hasta nieve para que se enfriasen las bebidas. Por cierto que la variación y abundancia de los platos y lo copiosamente que fueron regados contribuyó a que se desconcertasen los vientres de los caballeros y, achacando la culpa a lo que menos la tenía, les quedó como proverbio *la nieve de Medellín*.

Obsequió además el Conde a D. Sebastian con valiosos regalos,

9. Cfr. la *Relación del Músico Toledano*.

entre los que no fué el mayor, y sí el más vistoso, el presente de cincuenta caballos con sus jaeces y aderezos. No contento con esto «hizo toda la costa al Rey y a su casa desde Mérida a Guadalupe, en que gastó más de cuatrocientos mil ducados»<sup>10</sup>.

El portugués comprendió al fin quién era el Conde y visitó a la Condesa su mujer que, como hemos dicho, se había ido a vivir fuera de palacio por dejarle más sitio.



---

10. Solano de Figueroa, *Op. cit.*, 155.

## VIII

### DE MEDELLÍN A GUADALUPE

Descansó y por la mañana dispúsose a partir de Medellín. Y si al llegar no quiso D. Sebastián hacer cortesía al Conde, tal vez creyéndole un noble provinciano de tercera fila, al despedirse hízosela tan grande que saldó el descuido de la primera<sup>1</sup>. Salió a las ocho de la mañana para Madrigalejo. En Lobón le esperaba infinita gente, deseosa de ver al Rey: soltaron allí trece presos que había sin parte contraria o por deudas.

Al pasar por tierras de Villanueva de la Serena, le aguardaban el Vicario y cuatrocientas personas, doscientas con arcabuces y el resto con lanzas y adargas. Cogieron en medio a los portugueses y llevaronlos hasta Madrigalejo, a cuyo lugar llegaron a las cuatro de la tarde.

Ricamente habían dispuesto el aposento a los portugueses: el Rey disfrutó de una cámara, verde y carmesí, que fué en la que murió Fernando *el Católico*<sup>2</sup>; las posadas de sus caballeros colgadas de brocado. Muy bien cenaron todos y a la mañana del día 22 se dispusieron a partir para la Venta de los Palacios.

Antes envió D. Sebastián a D. Cristóbal de Mora para que viera a Felipe II en Guadalupe y consiguiese de él, que fuese retrasada su recepción en el Monasterio un día, puesto que, como se había de

1. Como prueba del afecto que tomó D. Sebastián por el Conde de Medellín, el día 28 de Diciembre envió a la Condessa desde Guadalupe «ciertos pares de guantes adobados y un muy rico Rubi».

2. Cfr. la *Relación del Músico Toledano*.

detener forzosamente en la Venta de los Palacios y en Puertollano, era mucho apresurar la jornada para tan breve día.

No consintió en esto el Monarca español e hizo volver al diplomático Mora con el expreso mandato de que de ninguna manera dejase de llegar D. Sebastián en la fecha convenida, o sea el día 22 por la tarde<sup>3</sup>.

Con esta no muy grata noticia, recibida en el camino, continuó D. Sebastián hasta la Venta de los Palacios, en donde le aguardaba el Mayordomo Mayor del Monasterio de Guadalupe con varios Padres Graves, quienes tenían aparejado el almuerzo abundante de carnes y pescados; de entre estos últimos, lo mejor eran unas blancas y tiernas truchas enviadas por el Duque de Béjar.

Poco tiempo se detuvo la comitiva en la Venta de los Palacios, pues era preciso, antes de llegar a Guadalupe, hacer alto en Puertollano, en donde el Regimiento de Talavera había echado, como suele decirse, la casa por la ventana para solemnizar tan fausto acontecimiento. A cosa de media legua salió a recibirle el Alcalde Mayor de la Hermandad Vieja de Talavera con el Cuadrillero Mayor, riquísimamente ataviados de terciopelo verde y pasamanería de oro, al frente de ochenta cuadrilleros con ballestas.

Avanzando un poco, encontraron a varios caballeros regidores de Talavera, entre los que se encontraban D. Luis Loaisa, D. Hernando Girón y D. Cosme de Meneses; hicieronle una arenga, de la que el Rey holgó mucho, y juntos todos, llegaron a las dos a Puertollano, «que es vna Ruin uenta pero para esta ocasion bien adereçada por el Regimiento de Talauera; auia a la entrada vn arco de lienço pintado lo mas curioso y bien enrramado que ellos pudieron con yeruas apazibles y olorosas y gran cantidad de gallardetes y vanderolas con las quinás de Portugal y brocados y vn buen dosel».

Apenas descabalaron, sentáronse a comer y todo el tiempo que duró la colación estuvo acompañada de música y cantares alusivos a la solemnidad festejada. Sirvióse la cena en platos de cerámica talaverana, hechos para esta ocasión, con las armas de Portugal. No bien terminaron de levantarse los manteles, llegó un correo diciendo que Felipe II había salido ya de Guadalupe para encontrarse con S. A.<sup>4</sup>

3. Es extraño que no haga referencia a esta embajada Danvila en su libro sobre Moura.

4. Para diferenciarlos en la narración, damos al Monarca portugués el tratamiento de Su Alteza y al castellano el de Su Majestad, aunque, a partir de D. Sebas-

en el camino. Don Sebastián, cuando hubo oído la nueva, se preparó rápidamente y ordenó partir, con sus palabras acostumbradas:

—¡Via, via!

Montaron en los caballos unos, otros en las postas preparadas, y sin pérdida de tiempo emprendieron el camino del Monasterio.

A una media legua del pueblo había ordenado Felipe II que se desmontase y allanara la calzada hasta hacer una razonable plazoleta en donde aguardar a su sobrino. Allí le esperaba, sentado en su coche y rodeado de todos los nobles y caballeros de su compañía.

Cuando llegó D. Sebastián al altozano, algunos portugueses hicieron ademán de descabalgar, pero no realizaron el propósito hasta esperar a su Señor. El primero que echó pie a tierra fué D. Juan de Silva, que se dirigió presuroso hacia el coche donde estaba Felipe II, y éste le abrazó con harto cariño. Cambió con él unas palabras y le dejó al observar que S. A. estaba ya caminando a unos veinte pasos.

Al frente los Reyes y detrás las comitivas, encontráronse en medio de la plazoleta. Destocados «a mucha furia se abrazaron [los Monarcas] y estuvieron así algún espacio». Apartáronse luego y entonces

tían y del restaurador Juan IV, todos los reyes portugueses tomaron este último título. Véase lo que dice Miguel d'Antas en su magnífico libro *Les faux Don Sebastian*, pág. 20, nota: «Dans les premiers temps de la monarchie portugaise, on ne donnait au Roi que le titre de *Votre Grâce* (Vossa Merce), substitue ensuite par le titre de *Votre Seigneurie* (Vossa Senhoria) plus en rapport avec les progrès et les prétensions de la monarchie féodale. C'est ainsi qu'on appella en Espagne les *Rois Catholiques*, Ferdinand et Isabelle, et D. Manoel en Portugal. A ce titre succeda celui d'Altesse qui en Espagne fut bientôt remplacé par la qualification pompeuse de Majesté, importé d'Allemagne par l'Empereur Charles Quint. Les souverains de Portugal et d'Espagne continuèrent toutefois dans leurs correspondances à se traiter réciproquement d'Altesse jusqu'au moment où, dans l'entrevue de Guadalupe, Philippe II s'empessa de donner a D. Sebastian le titre de Majesté, a fin d'éviter peut-être, dit un écrivain portugais, que celui-ci, suivant la coutume, ne le traitait d'Altesse devant la cour d'Espagne. Pendant la domination espagnole en Portugal, on s'habitua à ce titre, que don Juan IV adopta définitivement à l'époque de la restauration de 1640». Morales, *Jornada de Africa*, fol. 4 r.: «Tratáronse los reyes en las vistas igualmente de Magestad; hablando primero el Rey Don Felipe»; Danvila, *Don Cristóbal de Moura*, pág. 260: «Deseoso D. Felipe de honrar a su sobrino, dióle desde el primer día el tratamiento de Magestad, título no usado hasta entonces en Portugal»; Baena Parada, *Epítome...*, pág. 14: «Fué el primer Rey que en Portugal se acompañó con guarda Real, y que usó de Corona cerrada: que formó Consejo de Estado, y se llamó Magestad; porque hasta él todos sus Ascendientes se trataron de Alteza, y aún los primeros de Señoría».

don Sebastián saludó con palabras cariñosas a D. Felipe y S. M. le respondió «muy riéndose y con grandes muestras de contentamiento».

Acercóse D. Juan de Silva y dijo a su señor que los caballeros portugueses le pedían licencia por su intermedio para besarle las manos. Otorgada, llegaron el Duque de Aveiro, el Conde de Portalegre y el de Sortella, primeramente. A estos tres saludó Felipe II quitándose el sombrero; con los demás caballeros, aunque les recibió con agradable semblante, permaneció cubierto.

Lo mismo hizo D. Sebastián con respecto a los españoles Duque de Alba, Prior de San Juan y Marqués de Aguilar. Al resto, si se trataba de títulos de Castilla, levantaba un poquito la falda del sombrero por la frente.

Terminadas las presentaciones, tomó S. M. la izquierda a S. A. y lo llevó hasta el coche. Al subir, rogáronse un poco, pero Felipe II logró continuar cediendo el puesto principal a su joven sobrino.

Entre las ceremonias reseñadas y el camino hasta Guadalupe dieron las cuatro de la tarde. A esta hora hicieron alto las postas, detuviéronse los caballeros y los Reyes, interrumpiendo su conversación, se encontraron ante la enorme y magnífica fachada del Monasterio de Santa María. Acababa la jornada viajera, iban a empezar los preliminares de otra histórica, trágica y dolorosa para Portugal.

Tarde cenizosa, oscura, decembrina, a su luz incierta alumbraban temblorosos los cirios y hachones soplados por la ventisca fría de las Villuercas. Adelantáronse los Reyes—el español a la izquierda del portugués—y a cierta distancia les seguían los caballeros emparejados según su jerarquía y valimiento: así, el viejo Duque de Alba era compañero del de Aveiro, el Prior de San Juan agasajaba al Conde de Portalegre y los demás del séquito tenían buen cuidado de corresponderse con los que ostentaban grandeza o empleo semejante al suyo, que a tanto llegó la previsión del Rey, siempre cuidadosa de guardar las lógicas etiquetas y cortesías.

Casaba el severo traje de D. Felipe con la madurez de su aspecto y edad: el de D. Sebastián—herrero y ropilla de herbaje forrado en felpa—aunque sobrio y elegante, iba más a tono con su briosa juventud. Quisieron los caballeros portugueses acomodarse al uso de Castilla sin conseguir más que un divertido contraste con los españoles al mezclarse con ellos. En efecto, habían dispuesto ataviarse *a la castellana* y de tal manera acentuaron los toques y perfiles a la moda que cayeron en la exageración por lo desmesurado de sus lechuguilas, lo amplio de las botas y la enormidad del tamaño de las gorras

de rizo «muy desproporcionadas de grandes, como hombres que se las ponen a deseo».

Al tiempo que se disponían los Monarcas a subir las amplias gradas, avisados los jerónimos por sus vigías, salieron entre repiques de campanas y humareda de ceras e inciensos, llevando en procesión las Santas Reliquias de la Casa. Hasta las cadenas llegaron y allí el Prior ofreció el *Lignum Crucis* a los Reyes, justamente en el sitio en que dos días antes hiciera igual ceremonia para el de España. Hincó don Felipe las rodillas en tierra y adoró la Cruz. Su sobrino, según testigos presenciales, disponíase a adorarla en pie y sólo cuando vió la devota acción se decidió a secundarla. Lleváronles los frailes en procesión hasta el Altar Mayor en donde oraron todos unos momentos; acabado el rezo, salieron del templo llegando por el Claustro a las Salas de la Hospedería señaladas para aposento del Rey portugués. Despidióse allí el tío del sobrino y tornó a los suyos, dispensando cariñosa acogida en el camino a algunos hidalgos lusitanos deseosos de hablar al mayor Rey de la tierra.

A hora prudente se ofreció la comida a D. Sebastián, de la cual apenas tomó algo. Sus caballeros cenaron aparte, teniendo luego un buen rato de sobremesa y charla. Objeto de sus conversaciones sería sin duda alguna la impresión que les produjera la soberbia fábrica del Monasterio, con sus innumerables excelencias y copiosos tesoros artísticos, la figura pulcra, cortés y severa del Monarca español y acaso también volviera a insistirse sobre los motivos de la jornada que permanecían, para la mayoría de ellos, ignorados. Muchas cábalas y suposiciones se hicieron, y mientras los más avisados atisbaban las posibilidades de una alianza matrimonial o de una empresa contra el africano, los más crédulos y sencillos se decidieron por el rumor de que D. Sebastián venía a conocer personalmente a su tío y a cumplir devotas promesas. Así lo refleja Cepeda:

...viene para Guadalupe  
de nouenas ha tomado,

y así también debió de creerlo el pueblo guadalupense por cuanto en una información (que se conserva en sus archivos) hecha por los jerónimos en 1594, para probar que no había en España más santuario mariano bajo esa advocación que el extremeño, depone Bartolomé de Suso que años atrás: «vio este testigo estar en la dicha casa a la magestad del Rey Don Felipe nuestro Señor y al Rey don Sebastian, Rey

de Portugal, en la cual casa y monesterio los dichos reyes *tuvieron novenas...*»

Luego de estas conversaciones, habiendo oído un buen espacio cantar a los músicos que D. Sebastián llevaba consigo, volviéronse a sus respectivos aposentos, a descansar, buscando en el nocturno silencio reposo a las emociones del viaje y del día <sup>5</sup>.



---

5. Todos estos detalles que damos del camino y viaje del Rey D. Sebastián no son producto de nuestra fantasía como pudiera alguien suponer: absolutamente todos constan en documentos auténticos contemporáneos que publicamos más adelante y por ello creemos innecesario clavetear estas páginas de notas; bastará acudir a los textos a que nos referimos.

---

## IX

### LAS CONVERSACIONES REALES

De pocas entrevistas reales poseemos unas referencias tan minuciosas y detalladas como las que los contemporáneos nos han legado sobre las celebradas en Guadalupe entre la Católica Majestad de Felipe II de España y su sobrino el Rey de Portugal.

Podemos reconstruir día por día y casi hora por hora todas las actividades de ambos Monarcas, desde que se levantaban hasta que el sueño ponía remate a una laboriosa tarea diurna. Dichos y conversaciones, anécdotas y vestuario, comidas de los señores y travesuras de los pajes, han sido minuciosamente relatados por testigos presenciales, concediéndoles una importancia acaso muy superior a la que realmente tenían.

Pero la información abarca tan sólo la periferia; termina en los límites de lo externo, dejando inviolada e intacta la medula de las entrevistas, es decir, los temas objeto de las reales conversaciones, la viva y latente inquietud por los problemas que determinaron la conjunta presencia en el Monasterio.

Tan impenetrable fué el secreto que las envolvió, tan escasos los participantes de su intimidad, que nunca asoma en los narradores, ni siquiera por indiscreción, referencia concreta a lo tratado. Parece como si los Reyes hubieran puesto empeño en rodear de hermetismo sus coloquios y sólo vivieran para lo externo, celando cuidadosamente toda rendija cordial por donde pudiera escaparse la confianza, fuera de los que vivieron las jornadas memorables.

Es lamentable esta ausencia de testimonios sobre las conversaciones reales: de una parte, por los graves problemas que en ellas se plantearon y resolvieron, y de otra, porque obligan al historiador a buscar en rasgos sueltos de papeles posteriores al suceso un exponente de las conclusiones a que se llegó, teniendo que imaginar el cálido ambiente en que aquéllas se engendraron.

Documentos preciosísimos serían también estas circunstanciadas relaciones de testigos presenciales para penetrar en la complicada psicología de los dos Reyes, que indudablemente tuvo que reflejarse—serpenteando entre cordialidades y firmezas—en las charlas decembrinas guadalupeñas.

Quería D. Sebastián incendiar el espíritu de D. Felipe para arrastrarlo a la gigante y gloriosa empresa africana, y toda la inteligencia del vencedor de San Quintín tuvo que disponerse—ya que no a reducir a un obseso—en torcer sin herir, en dilatar sin apariencias de disuadir, en prometer sin plazo y en poner obstáculos fingiendo allanarlos, a la ruina de Portugal y del Rey.

Pero si a los banquetes asistían centenares de caballeros, si al coro el numeroso grupo de los cantores y la Comunidad jerónima, si a los paseos y visitas lo más granado de ambas cortes, habiendo, por tanto, numerosos testigos de cada minucia, las reales conversaciones sólo tuvieron un confidente por parte de Felipe II: el Duque de Alba. Por la de D. Sebastián, acaso ninguno. Y no era hombre D. Fernando de Toledo capaz de contar secretos ni de ostentar confianzas.

Así, pues, hemos de renunciar al conocimiento en detalle de las entrevistas y limitarnos a señalar lo que exteriormente se supo y las consecuencias de ellas, tomándolas de rasgos sueltos perdidos en cartas y documentos generales.

Celebráronse unas en la celda del Prior del Monasterio<sup>1</sup>, magnífico salón en el cual habíanse derrochado el lujo y la riqueza, según cuentan los cronistas, y otras en los reales aposentos. Parece ser que la primera conversación tuvo lugar el domingo 23 de Diciembre de 1576, es decir, al día siguiente de la llegada a Guadalupe de D. Sebastián, aproximadamente de cinco a siete de la tarde. Dos horas conversaron los Reyes de hombre a hombre y es de suponer que en ellas plantease D. Sebastián las cuestiones que con su tío quería resolver.

Dos eran éstas, según las había expuesto Alcaçoba en su embajada de Enero anterior: primero, el deseo de matrimoniar con una hija

1. Véanse los textos que publicamos más adelante.

de D. Felipe, y segundo, la batallona cuestión de la empresa de Africa. Otra se entrevelaba, no declarada explícitamente: el interés del portugués porque D. Felipe le conociese y por dar muestras de su persona ante el poderoso tío. No se le ocultaba que habían llegado a sus oídos noticias harto contradictorias por lo diverso de la fuente de donde surgían, y él tenía empeño en mostrarse a los ojos de su futuro suegro tal como era en realidad, entendiendo que su trato y conversación disiparían las veladuras y deformaciones que la malicia hubiera vertido sobre su modo de ser. Acaso Felipe II creyó tarea fácil reducir las fantasías impolíticas de su sobrino mediante la exhortación y tuvo el convencimiento de que sus razones ponderadas modificasen la actitud del joven Monarca. Que no en vano tenía la autoridad de los años, la de ser el más poderoso Rey del mundo y la de haber sabido domeñar rebeldes, contener enemigos y conquistar con la política los terrenos vedados a la espada.

Por eso, estas primeras dos horas, en el atardecer silencioso y calmo de Guadalupe, atraen particularmente la curiosidad y el interés de quienes se asomen al tema. Fácil es el imaginarse la cálida verborruidad de D. Sebastián, su ingenua prestancia deseosa de agradar al Rey de España. No mayores dificultades ofrece la consideración ideal del cortés asentimiento, de la pulida deferencia con que D. Felipe escuchara al sobrino. Pero del alma de la entrevista, del choque espiritual, de la mutua comprensión de ambas personalidades, nada podemos ni apuntar siquiera.

Posible es que este primer contacto sirviese para que D. Sebastián reiterase sus deseos de matrimoniar con una Princesa de Castilla y acaso D. Felipe, aceptando en principio la posibilidad, difiriese para días andados una respuesta categórica. Pero esto son conjeturas, suposiciones...

El lunes, 24 de Diciembre, tuvo lugar la segunda conversación en el cuarto del Rey de España. Habíase fijado en el plan del día que asistiesen los Reyes juntos a oír las Vísperas, Completas y Mañanitas, y efectivamente, a las tres de la tarde bajó Felipe II al aposento de su huésped y fueron a coro. Diferente atención prestaron al rezo los Monarcas, pues si fué de notar el cuidado del anciano, «no lo fué menos el desasosiego que Su Alteza tenía porque no le rodeaba fraile que no volvía los ojos y el cuerpo a mirarle, y más se notó esto, cuando al cuarto salmo cantó un músico de su cámara<sup>2</sup>,

2. Este músico de cámara de quien tanto gustaba el Rey D. Sebastián, debía de

de que él gusta y lo hace en extremo bien, que entonces fué su inquietud de manera que a todos pareció que no era Rey, sino un hombre particular... y portugués».

«En diciendo el Prior la *Capitula*, Su Alteza debía de estar gastado, como ellos dicen, con la conversación de S. M., y acordó de llamar a un fraile, el que más a mano le cayó, que fué fray Pedro de Borox, y vuelve tan de propósito las espaldas a S. M. como si no estuviera allí; verdad es que lo que tenía que preguntarle eran cosas de gran peso e importancia, pues cuando menos era que cómo se llamaban los cuatro frailes que le habían salido a recibir a Madrigalejo y de dónde eran naturales, y cuánto había que tenían el hábito y otras cosas tan importantes como éstas; finalmente, el descuido pasó tan adelante que dijeron todo el himno y parte de la *Magnificat*...»

La inquietud, el desasosiego, el nerviosismo de que da pruebas don Sebastián en la tarde del día 24 inclinan poderosamente nuestro ánimo hacia la sospecha de que le embargaba una preocupación y una preocupación grave que de tal modo le hacía olvidar el protocolo riguroso de la corte y del Monasterio.

Habíase establecido que terminadas las vísperas celebraran los Reyes su segunda entrevista en el aposento de D. Felipe, bajando luego nuevamente al Coro a oír *Completas*, para lo cual se había prevenido que los cantores portugueses, acompañados de vihuelas, estuvieran a un lado, mientras los castellanos, con un clavicordio, en el otro. Sorpresa notable fué que no bajasen y que la entrevista se prolongara hasta casi las nueve de la noche, hora en que dieron comienzo los Maitines.

Si la conducta de D. Sebastián fué comentada por su actitud en el

---

ser Esteban dos Santos. En las *Coplas del Gran Peña* sobre los dichos de los portugueses en Guadalupe hay una referencia que reza así:

Preguntó un fraile a un cantor  
portugués muy entonado,  
después de haber merendado:  
—¿Tray música este señor,  
como en Castilla es usado?

Respondióle el portugués:  
—Esteban Santiños es  
músico tan sublimado  
que hasta as tellas do tellado  
baxan anjos por ber qui es.

coro antes de ir a la entrevista, no menores censuras mereció a los espectadores la que observó al regresar de ella. No hay documento más expresivo que la narración de un testigo presencial: «Su Alteza continuó el desasosiego comenzado y casi no tuvo atención a ninguna cosa de las que en [los maitines] se dijeron, con haber buenos villancicos y dos representaciones <sup>3</sup> agradables de unos seisecicos de Plasencia.

---

3. Según el Padre Alcalá, en su *Historia de Guadalupe* que se conserva manuscrita en el Archivo del Monasterio, «...esta casa trajo predicador de la Orden, Fray Juan de la Cruz, profeso de Salamanca, cantores de Toledo y Plasencia, tañedores de órgano y corneta diestrisimos que solemnizaron la Navidad del Rey divino, juntamente con la Capilla de esta Casa, muy apercebida por su Maestro Fray Juan de la Torre, el cual hizo que se representase una comedia en el Coro ante sus Magestades».

En el libro de fallecimientos de los monjes del Monasterio, que se conserva en su Archivo, en las guardas, se hallaba copiada la pieza que se representó ante el Rey D. Sebastián. Hoy, desgraciadamente, sólo se conserva una hoja suelta que trasladamos aquí tomándola de Villacampa:

.....  
 porque el sacro sancto parto  
 pudiese ser celebrado  
 y que naciendo el infante  
 fuese dellos adorado,  
 imitando a los de Oriente,  
 que sus tierras han dexado,  
 y aunque en número son menos  
 mayores son [en] estado.

La virgen está gozosa  
 y la visita ha azeptado;  
 regocijase el Infante  
 que está en el pesebre echado;  
 los cortesanos del cielo  
 y del suelo paz se han dado.

Rompen los nubosos ayres,  
 el sacro escuadron alado  
 con cantares de alegría  
 la tristeza han desterrado.

¡O Reyes con quien la virgen  
 tanto se ha regocijado!  
 Añadí a vuestras victorias  
 porque sea eternizado  
 aqueste sancto viaje

«De otra suerte estuvo rezando S. M. en unas *Horas* con tanta quietud y sosiego como si fuera hombre pintado y cuando se ofrecían algún villancico o representación cerraba sus *Horas* y escuchaba con mucha atención; pero Su Alteza comenzaba luego a hablar con él tan alto que—aunque cantaban—se oía algo de lo que decía, y de no estar él atento y estorbar que Su Magestad lo estuviese, han estado los frailes tan corridos que se lo dijeron al Duque de Aveiro para que se lo afease.»

Oída la Misa del Gallo iban los frailes a comenzar el rezo de Laudes, pero D. Felipe envió recado con el Limosnero de que no empezasen hasta que ellos [los Reyes] saliesen de la Iglesia.

No todo en la conducta del Monarca portugués era debido, como un observador superficial, externo, podría suponer, a falta de interés, desconocimiento del protocolo o mala educación, no. Estamos completamente seguros de que su trastorno, su descomposición obedecía por la tarde al nerviosismo propio de quien tenía minutos después que jugar una de las cartas definitivas en la vida de un pueblo.

Su inteligencia y sus confidentes le habían advertido que D. Felipe era enemigo de la empresa de Africa y él venía precisamente a hacerle que variase de criterio y apoyara el proyecto. Todo su crédito—y acaso el de su país—dependía del acierto con que pudiera expresarse, de la dialéctica que supiera utilizar, de las razones que acumulara para batir el ánimo de uno de los hombres más poderosos, más serenos y más hábiles del mundo. No había tratado jamás con ningún Rey y esta su primera ocasión le proporcionaba una de las tareas más difíciles de superar. Todo esto... y veintitrés años, ¿no eran razones suficientes para descomponer los nervios de quien no los tuviese de acero, para alterar el ritmo de la sangre de un hombre templado, cuanto más de quien la tenía ardorosa y arrojada?

---

que por Dios os fué inspirado  
 porque llevándo favor  
 de la que habeis visitado  
 vencereis los enemigos  
 en todo el pueblo cristiano;  
 restituireis en la Iglesia  
 cuanto el tirano ha usurpado,  
 y así gozareis los triunphos  
 del mundo mas señalados;  
 y despues, subiendo al cielo  
 tambien sereis coronados.—Amen.

Año 1576.

Calculando que las Vísperas terminasen alrededor de las cuatro y sabiendo que los Reyes no bajaron al pie de las nueve para asistir a Maitines, tenemos una entrevista de cinco horas consagradas, casi con certeza, a exponer D. Sebastián su concepción de la empresa de Africa, las ventajas de una ayuda al Marroquí, la necesidad de dar la batalla a los amigos del Gran Turco, los efectivos con que contaba para ello y los elementos que esperaba de su tío para lanzarse a la gloriosa aventura.

La duración de las conversaciones nos hace suponer que hubo gran forcejeo y que D. Felipe intentó por su parte disuadir a don Sebastián de la idea, haciéndole ver los inconvenientes que se oponían a ella, pero sin negar rotundamente el solicitado apoyo. Quizá creyó el Rey español que no era oportuno negarse en redondo a lo solicitado, negativa que, dado el carácter violento de D. Sebastián, hubiera podido interpretar como personal ofensa. Acaso limitara sus razonamientos a la exposición de dificultades, a erizar la vía que al portugués se presentaba fácil.

Tal vez pudiera esto ser causa, tanto de la extensión de la entrevista como del desasosiego de D. Sebastián.

El martes, 25, celebran una conversación a solas S. A. y el Duque de Alba. No tenemos más referencia sino que discurrió de seis a ocho de la tarde en el real aposento. Ocúrresenos como posible que el tema de la entrevista fuera una ampliación de lo tratado con D. Felipe II el día anterior, es decir, la empresa africana y las posibilidades de ayuda española.

Parece oportuno recordar aquí una anécdota recogida por los cronistas sebasticos y referente al Duque de Alba. Dicen, pues, que procuró por todos los medios disuadir a D. Sebastián, haciéndole ver los grandes contingentes africanos con los cuales habría que enfrentarse y la dificultad de una operación en terreno extraño sin posibilidades de seguro aprovisionamiento. Cercado por los razonamientos contundentes de D. Fernando, dió escape D. Sebastián a su cólera, exclamando impremeditada e injustamente:

—Duque, ¿de qué color es el miedo?

a lo que el encanecido vencedor en cien batallas respondió:

—Señor, del de la prudencia, seguramente apurando los límites que le imponía la lealtad subordinada.

Si como posible admitimos la primera parte de este episodio, en modo alguno parece verosímil la segunda parte de la real contesta-

ción, a creer la cual el Monarca portugués calificó al aristócrata hispano de viejo y tonto.

Muy otro era el concepto que D. Sebastián tenía de su inteligencia, y valor, hasta el punto de que pocos días después de lo relatado escribe a Felipe II desde Evora (9 de Enero): «No entiendo tiene Rey en el mundo vasallo como el Duque... ¡grande cosa es ser un hombre sabio en una cosa, mucho mayor en muchas y sin comparación en las grandes!»

Dos días transcurrieron hasta que se celebraron nuevas conversaciones entre los Reyes. A las dos de la tarde del viernes 28, postrero día de Pascua, bajó D. Felipe por una puertecilla secreta al aposento de su sobrino y estuvo con él conversando hasta obra de las cuatro. También sin testigos y sin referencia concreta de lo tratado, igual que nos sucede con la entrevista de una hora que tuvieron al día siguiente (de dos a tres).

El domingo 30 de Diciembre, a las dos de la tarde, subió D. Sebastián a la cámara de D. Felipe. No iba solo esta vez, sino que le acompañaban sus más privados caballeros: el Duque de Aveiro y los Condes de Portalegre y Sorsella. Por el Rey español asistieron a la entrevista tres grandes: el de Alba, el Prior D. Antonio y el Marqués de Aguilar. Hora y media duró la conversación y después de ella estuvieron visitando SS. MM. el Sagrario y las Reliquias de la Casa, «que gustó Su Alteza de verlas y no le ha parecido bien de Guadalupe otra cosa».

Tal vez en este día se diesen por terminadas las conversaciones y se expusieran por última vez—en presencia ya de los nobles—los acuerdos tomados y el fruto del trato y comunicación de tío y sobrino.

La última vez que se vieron los Reyes a solas el tiempo suficiente para poder conversar con extensión de los negocios que a ambos interesaban, fué día primero de año de 1577. «A las tres de la tarde—dice un cronista—subió Su Alteza al aposento de Su Magestad y estuvieron juntos como hasta las cinco, sin haber otra persona con ellos.»

De ahí en adelante, en las horas que quedaron de estancia en el Monasterio, no hubo ya retrainiento para conversaciones ni muestra de personas; entre rezos, comida y descanso acabó la jornada del 1. A las cinco de la mañana del día siguiente despertaba D. Felipe a don Sebastián. A las siete oían misa. A las ocho, aproximadamente, salieron de Guadalupe y media hora después, tras un prolongado abrazo, a caballo ambos, se separaron tío y sobrino para no volver a verse

vivos jamás. Don Felipe tornó a su incesante trafago político; D. Sebastián a acelerar los preparativos de la grandiosa epopeya soñada.

\* \* \*

Los detalles consignados en las páginas anteriores reflejan cinco conversaciones habidas entre los dos Monarcas, sin testigos, en total doce horas, con los espacios de tiempo necesarios para reposar la mente y ordenar el combate de las propias ideas y puntos de vista con los ajenos, amén de una detenida entrevista del portugués con el Duque de Alba.

Hemos de volver sobre lo que ya indicamos con anterioridad: los cronistas de la jornada solamente nos manifiestan el dato externo y cronológico sin entrar para nada en lo tratado. Y ¡cuán útil hubiera sido que una indiscreta pluma alzase el velo que encubre las regias conversaciones!

Una revisión de los historiadores sebásticos nos permite conocer el alcance de lo tratado, la cuantía de las ofertas hechas por Felipe II a su sobrino y aún las limitaciones que las circunstancias imponían a la prometida ayuda.

Queiroz Veloso—el admirable maestro a quien tantas veces hemos aludido en estas páginas—resume así<sup>4</sup> lo pactado: «Prometiole [Don Felipe], en caso de que los turcos no amenazasen sus dominios de Italia, concurrir con cincuenta galeras, y cinco mil hombres a la expedición, pagados por su cuenta; y autorizarle asimismo para suministrarse en España del trigo, armas y municiones que le fuesen necesarios.

Las condiciones, que D. Sebastián aceptó alegremente, porque todo lo respectivo a la guerra de Africa le parecía sencillo y fácil, diríanse concertadas para excusar el cumplimiento de la promesa. En primer lugar, la expedición debía efectuarse en Agosto siguiente, es decir, dentro del plazo de ocho meses, lo cual sería casi imposible por la atribulada situación del tesoro y la penuria de aprestos militares.

En segundo lugar, el cuerpo de Ejército organizado por el sobrino, habría de componerse, al menos, de 15.000 hombres, la mitad portugueses y el resto italianos y alemanes, sin exceder de seis mil los

---

4. *Op. cit.*, págs. 232-233. Pueden verse también en el *Don Cristóbal de Moura*, de Danvila, pág. 262.

primeros y dos mil los últimos. Fué el Duque de Alba quien exigió los contingentes extranjeros. Los portugueses peleaban heroicamente en Africa y en la India, en asalto o defensa de ciudades y plazas fuertes. Nadie los excedía en tales combates; pero hacía un siglo que no batallaban en campo abierto.

Los moros, tras la unificación política de Marruecos, conocían el manejo de todas las armas y, manteniendo la táctica especial de su caballería, habían sido iniciados en todos los movimientos de la guerra moderna por instructores cristianos, contratados entre los renegados. La bravura no bastaba; era indispensable quien tuviese práctica, veteranos procedentes de otras campañas para servir de apoyo a los soldados bisoños.»

Pero si éstas eran las ofertas, las realidades no llegaron a nivelarlas en modo alguno. De una parte, porque D. Felipe entendía que su obligación era obstaculizar la jornada para evitar la pérdida del Rey; de otra, porque la conducta de D. Sebastián, completamente irregular, le llevó a realizar actos que contrariaron en gran manera al Monarca español: a pesar de los acuerdos recientes y de lo hablado sobre el matrimonio con Princesa española, el portugués envía embajadores a negociar su casamiento con la hija del Gran Duque de Toscana, siempre que éste le proporcionase 300.000 cruzados, y destaca a Nuño Alvarez Pereira con objeto de que compre explosivos a los rebeldes de Flandes <sup>5</sup>.

La imprevisión y el impulso obcecado de D. Sebastián hicieron que la preparación del Ejército fuera desproporcionada, inarmónica y atropellada. Felipe II, al ver que no sólo no se seguían sus consejos, sino que se los menospreciaba, prohibió la salida de voluntarios de España y llegó a encarcelar a los capitanes que reclutaban gente por tierras del Sur <sup>6</sup>.

Tan sólo autorizó la compra de algunos pertrechos necesarios para la guerra: 500 quintales de pólvora, coseletes y otras armas, habas, garbanzos, arroz, cuerda de arcabuz, espuelas y alpargatas <sup>7</sup>.

No nos corresponde extendernos sobre el detalle de las consecuencias de la entrevista de Guadalupe: cae ya fuera de nuestro terreno, limitado justamente a la motivación, viaje y aparato externo de ellas.

---

5. Queiroz, *op. cit.*, págs. 272 y siguientes.

6. *Ibid.*, pág. 276.

7. Danvila, *op. cit.*, pág. 272.

Pero como entendemos que en una de las conversaciones guadalupeñas se forjó la idea del presupuesto de la jornada, y como este magnífico documento de la Administración militar ha permanecido sin incorporarse a los estudios sebasticos, por vía de apéndice lo damos a conocer a nuestros lectores, tomándolo de un manuscrito existente en la Biblioteca de la Academia de la Historia, *Colección de Salazar*, letra K, n.º 61, fols. 20-41, copiado de buena letra del siglo xvi<sup>8</sup>.

\* \* \*

Una advertencia antes de terminar: ni sebastofobia ni sebastofilia nos han movido a trazar las precedentes páginas, en las que no creemos—ni mucho menos—haber agotado el tema. Solamente un deseo de dar a conocer, reunidos por vez primera, el conjunto de los historiadores particulares que relataron en castellano el paso por España de D. Sebastián y lo acaecido en Guadalupe. Ni fobia ni filia, volvemos a repetir. Sólo nos arranca la figura de D. Sebastián—a través de prosa y verso a veces desfavorables—un recuerdo perfumado de tristeza, una melancólica y espiritual adhesión a su noble empeño, un vivo destello de simpatía a quien supo erigir en norma de vida ideales altamente sentidos y un dejo de compasión afectuosa por quien abandonó el mundo, luchando por una bella quimera, con la poética frase del Ariosto en los labios:

Un bel morir, tutta una vita onora...

---

8. Una copia de este *Presupuesto* se halla (o se hallaba) en la *Colección de Belda*, ignorando nosotros su paradero actual.

## CRONISTAS CASTELLANOS, TESTIGOS PRESENCIALES

*Quaeque ipse miserrimo vidi, et quorum pars magna fui...*  
Virg. *ÆNEIDOS*, II.

Hemos indicado quiénes eran los protagonistas del hecho histórico, qué relaciones tenían, cuál era su orientación. Después vimos un poco del concepto que de la figura de D. Sebastián y de la del Monarca español Felipe II puede formarse en presencia de las fuentes documentales existentes. Queremos, por último, exponer con brevedad en las restantes líneas, quiénes han sido los historiadores que han dedicado sus crónicas al estudio de la entrevista guadalupense.

Dejando a un lado a los biógrafos de D. Sebastián, que sólo toman este acontecimiento como motivo para algunas páginas, generalmente escasas, de su obra total, y entre los que cabe considerar a Barbosa Machado, Amador Rebelo, Manoel dos Santos, Bernardo da Cruz, São Mamede, Meneses, Figueiredo, Baena, San Roman, etc., resumamos en un índice los que con exclusividad se han ocupado de referirnos el viaje.

Consideremos en primer lugar al doctor D. Juan de San Clemente, Canónigo entonces de la S. I. C. de Badajoz y testigo presencial del suceso que relata. Un biógrafo anónimo<sup>1</sup> nos dice de él:

1. Biblioteca de la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, T-76, fol. 235.

«El doctor Juan de Sant Clemente de torquemada natural de Cordoba, entro en el collegio de santa Cruz de Valladolid a 13 de Ottobre de 1563; leyo un curso de artes y despues la cathedra de propiedad de prima de philosophia. Salió del Collegio el sexto año por canonigo de Badajoz; el año de 78 fue Obispo de Orense y el de 86 arçobispo de Sanctiago. Deseó fundar vn collegio de oyentes en Valladolid y para comprar sitio estuvo el dinero en poder del doctor Juan de Campo redondo, Cathedratico de Prima de Leyes (que tambien auia sido Collegial de santa Cruz) pero el Collegio hiço mucha fuerça con él para que no fundase collegio, sino que aquel dinero fuese para que su renta sustentase el collegio porcionistas, alegando que los collegiales votarian contra el collegio en las prouisiones de las cathedras, lo que no harian los porcionistas porque los podian despedir, trayendo a consecuencia que por semejantes consideraciones en Salamanca el Collegio mayor de sant bartolome, en 4 de março de 1563, acordo el despoblar su collegio menor de sant Pedro y sant Pablo, que en la Vniuersidad llamaban de micis y hecharon dél los collegiales; con lo qual el Arçobispo Sant Clemente dió a su Collegio ocho mill ducados para que, puestos a censo los réditos, diese el Collegio a estudiantes pobres. Dió mas al Collegio 800 ducados para que se púsesen a censo y sus reditos se dítribuyesen entre los colegiales que se hallasen presentes a vna misa que cada año se dice por su alma en la capilla del collegio; Dixome el sr. Doctor Sancta cruz que auia dado tambien el dicho arçobispo a la vniuersidad treientos ducados para la obra que hiço quando abrio la puerta del General de Theologia hacia el patio mayor. Era el Doctor Sant Clemente hijo de médico, y lo era tambien Ambrosio de Morales, y los dos eran parientes cercanos.»

Justamente a Ambrosio de Morales está dirigida la carta que nos interesa, en la cual narra el paso por Badajoz del infortunado don Sebastián. Tersurá de estilo, añeja y limpia prosodia castellana, ríguosa exactitud histórica, hacen de esta relación una pieza digna de leerse no sólo por lo atingente al tema del presente trabajo, sino también como pieza literaria <sup>2</sup>.

2. Sobre San Clémente, cfr. las historias eclesiásticas gallegas y la del Obispado de Badajoz escrita por D. Juan Solano de Figueroa.

San Clemente mandó enterrar a su madre en la Catedral de Badajoz, «entre los dos coros», colocando una lápida de mármol, esculpida por el entallador Hans de Bruxelles, famoso maestro que trabajó sesenta años en la ciudad, según contrato formalizado en Badajoz a 2 de Mayo de 1591.

Se imprimió en el siglo XVIII en el libro *Noticias históricas sacadas del Archivo de Uclés*, tomo II, Madrid, Benito Cano, 1793, páginas 108-115. Fragmentariamente ha sido reimpresa por Antonio Cuéllar en su artículo *Notas sobre el Rey D. Sebastián*, inserto en la *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, tomo II, 1928.

Nuestra edición va ajustada escrupulosamente al manuscrito original<sup>3</sup> que tenemos la fortuna de poseer.

\* \* \*

Investigando con fines totalmente distintos en la *Colección Salazar* de la Academia de la Historia, en la serie de volúmenes que lleva la letra N, tomo IV, dimos con un manuscrito lleno de tachaduras y enmiendas, de borrones y entrelíneas, cuyo texto llamó poderosamente nuestra atención y fué leído cuidadosamente. Era una relación de la estancia de D. Sebastián en Guadalupe, tan llena de interés y de datos nuevos, que inmediatamente formamos el propósito de darla a la estampa.

Preciso era antes investigar a ver si por ventura ya estaba impresa o si era citada por los bibliógrafos. Únicamente D. Jenaro de Alenda y Mira<sup>4</sup> trataba de esta *Relación* y hacía resaltar su valor, puesto que es dudoso que Bartolomé José Gallardo la hubiese conocido *de visu*, aunque la citó en una de las innumerables cédulas de su magnífico *Ensayo*. Pero he aquí que la signatura dada por Alenda no correspondía con la nuestra en manera alguna. Y verificando su cita, pudimos hallar una copia—que es a la que hacía referencia—en el tomo XLIV de la misma letra N.

Teníamos, pues, ya el borrador y la copia del trabajo. Sólo nos faltaba ver si había sido deliberadamente aprovechado por algún afortunado investigador. Lo infructuoso de nuestra detenida búsqueda nos ha hecho ver que, si bien una copia del texto había sido impresa en una corta tirada de la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*<sup>5</sup>, el documento podía considerarse inédito, tanto por no haber

3. Biblioteca del autor: en folio, autógrafas cuatro hojas.

4. Jenaro Alenda y Mira: *Relaciones de las solemnidades y fiestas públicas en España*. Madrid, Rivadeneira, 1903, tomo I (único publicado).

5. Fué impresa en el tomo de *Relaciones históricas de los siglos XVI y XVII*, dado a luz por la *Sociedad de Bibliófilos Españoles* en el año 1896. Valiéronse de una copia que poseía el Sr. Belda, inferior, desde luego, a los textos hallados por nosotros. Cuidó de la edición, aunque otra cosa diga la portada, nuestro querido y admirado amigo el erudito investigador D. Manuel Serrano y Sanz.

tenido casi circulación, como por no haber llegado a incorporarse a los modernos estudios sebásticos, a excepción hecha de algunos doctos españoles.

El bibliógrafo Barrantes y Moreno, en el *Aparato Bibliográfico para la Historia de Extremadura*, dice que D. Juan Ferro Caveiro, coleccionista y amigo del autor, le ha proporcionado una noticia, cuya procedencia ignora, y copia. Esta noticia no es ni más ni menos que un apunte del pasaje que se refiere al presente ofrecido por los monjes al Rey D. Sebastián, contenido en nuestra relación. Esto nos hace sospechar que el Sr. Ferro Caveiro poseyese alguna copia del texto que publicamos, el cual no llegó íntegro a manos del diligente Barrantes y Moreno.

El Sr. Villacampa, en su libro *Grandezas de Guadalupe*<sup>6</sup>, afirma, refiriéndose al mismo Barrantes, que este presente fué ofrecido a Felipe II. No sabemos de dónde toma esta noticia, que carece en absoluto de fundamento. El citado escritor copia, al final del libro de difuntos a que hemos hecho referencia en otro lugar, el aguinaldo que se hizo al Rey D. Sebastián y que consistía, según Villacampa, en «Pan, 6 canastas, carneros, 8, cabritos, 12, venados 3, una gama viva, jabalíes 2, gallinas 50, capones 12, gallipavos 4, conejos 50, perdices 100, de confitura 37 libras, calabazate candido y por candir 50 libras, turrón 25 libras, mazapanes 50, suplicaciones seis tabaques, de diversidad de conserva, cantidad; frutas de sartén 3 fuentes, camuesas dos arrobas».

El fragmento en que se refiere a la donación de aceite para la farola de Lepanto también aparece copiado en el papel cedido por Ferro Caveiro al bibliógrafo Barrantes, al cual hemos aludido en líneas anteriores.

La identidad no puede ser casual, Indudablemente el Sr. Ferro Caveiro poseyó esta relación, que no se atrevió a publicar tal vez por lo mal parados que salen los portugueses y D. Sebastián en ella. Acaso en su texto constase el nombre del autor, y de desear sería que se investigase para ver si aún se conserva entre los papeles del bibliófilo portugués.

Salvo esta mención aislada, creemos poder asegurar que nadie más habla de ella hasta que se publica por la *Sociedad de Bibliófilos*.

El título—todo lo que no sea texto es de otra mano—dice así: *las vistas del rey de portugal | y el de castilla en nuestra señora de*

6. Madrid, 1924, pág. 329.

gua|dalupe, año 1574 [sic] noviem|bre y deziembre. Una nota en el margen superior izquierdo del primer folio, aclara: *estas uistas eran para tratar de | la jornada que quería el Rey don Sebastian hazer en africa contra el xarife y el Rey don phelipe de castilla procuro estorbarsela y no pudo, el la hizo y murio en ella y los Reynos quedaron en trabajo de quien los ha de heredar.*

El manuscrito consta de 18 hojas en papel de hilo, de letra clara del siglo xvi, correspondiente a la fecha del suceso<sup>7</sup>. Carece de nombre de autor y únicamente podemos entresacar algún detalle por conjeturas.

Testigo presencial el autor, merece entero crédito en sus aseveraciones, y más teniendo en cuenta que no era obra destinada a imprimirse, sino únicamente información hecha a un caballero toledano, para que conociese los pormenores de la entrevista. El estilo es llano, jugoso, correcto, de hombre avezado a escribir con soltura e ingenio, haciendo la narración amena e interesante, tanto por el hábil manejo de la palabra, cuanto por las anécdotas y donaires con que salpica el contenido. Por ser el documento más completo, veraz y detallado de cuantos se conservan, no dudamos en asegurar que haya que seguirlo como fuente principal en determinados, ulteriores trabajos sebásticos.

En realidad, puede decirse que son muy escasos los datos que tenemos para juzgar sobre la persona del autor de esta verdadera relación. Únicamente los que al correr de la pluma se le han deslizado en el transcurso de la narración, son los que han llegado a nosotros. Ni el nombre siquiera sabemos de quien minuciosamente se preocupó de dejar escrita la vista de los Reyes de España y Portugal.

Por conjeturas, por suposiciones fundadas en las propias líneas que traza el autor, podemos acusar algunos perfiles biográficos de éste; siempre, naturalmente, con la incertidumbre que ofrece la duda en la fortuna interpretativa. Veamos, pues:

En la *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe* que, al decir del P. Carlos G. Villacampa, se conserva manuscrita en el Archivo del mismo Monasterio, obra del P. Alcalá, hay un párrafo que, trasladado a la letra, dice así: «[Con motivo de las vistas] esta casa trajo predicador de la Orden, fr. Joan de la Cruz, profeso de Salamanca; cantores

7. He aquí los ejemplares que conocemos de la *Relación del Músico Toledano*:

- a) Borrador original, con tachaduras y enmiendas. (*Salazar*, N-4.)
- b) Copia en limpio, de la misma letra, que sirve de base para nuestra edición. (*Salazar*, N-44.)
- c) Copia del siglo xvii. (*Salazar*, M-26, fols. 121-136 vto.)
- d) Copia de la *Colección Belda*, reimpressa por la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*.

de Toledo y Plasencia, tañedores de Órgano y corneta, diestrísimos, que solemnizaron la navidad del Rey divino, juntamente con la capilla de esta casa, muy apercebida por su maestro Fr. Juan de la Torre, el cual hizo que se representase una comedia en el coro, ante sus magestades.»

Hemos transcrito este fragmento porque él, a nuestro entender, es el que ha de darnos base firme para el desarrollo de las opiniones y sospechas anteriormente apuntadas. No parece verosímil que el anónimo fuera fraile de Guadalupe, por cuanto en varias ocasiones se refiere al Monasterio, a sus frailes y a la Orden, sin que jamás se le escape un rasgo por donde pudiese haber la duda. Siempre habla distancialmente de los jerónimos guadalupenses.

Ante todo, hay que dejar sentado que llegó al Monasterio antes que los Reyes estuvieran allí, puesto que al describir el aposento de D. Sebastián dice, para justificarse, que comienza por lo primero que él vió. Y al no ser del Monasterio, se nos ofrecen dos posibilidades de procedencia exterior: que viniese con los Reyes o que fuera uno de los artistas mandados traer desde Plasencia y Toledo por la santa casa. Basta pasar los ojos por las páginas de la *Relación*, para convencerse de que no era portugués, ni había venido con D. Sebastián, puesto que, como dice, para escribir las jornadas de éste tuvo que acudir a los testigos presenciales. Tampoco con D. Felipe, pues al enumerar los caballeros que le acompañaban no se incluye entre ellos, ni deja la menor señal de pertenecer a su compañía. Tiene, por tanto, que estar incluído entre los artistas placentinos y toledanos.

Ningún testimonio hay para sospechar que fuese de los primeros y sí existen abundantemente de que era de los segundos. Téngase presente que su *Relación* está dirigida a un señor, el cual le mandó que «*encomendase* a la memoria las cosas más notables que se ofreciesen en esta jornada», cosa que el autor no se atrevió a hacer y, en su lugar, «he dado en otro inconveniente mayor, que es poner a v. m. en las manos cosa escrita de las mías, que por ir en tan ruín orden y estilo le ofenderá más que por ventura le ofendiera si en algunos ratos de los pocos que v. m. tiene desocupados se lo refiriera de palabra, mas temi de no poderlo perceber todo, así por la grandeza y multitud de lo que ha pasado, como porque contandoselo a v. m. con el respeto que se le debe, pudiera ser olvidado algo».

Ahora bien, este señor a quien tanta reverencia debiera el autor y con quien podía conversar—lo cual puede ser indicio de que vivían en el mismo sitio—después de realizadas las vistas, ¿en

dónde residía? ¿cuáles eran sus circunstancias? De un detalle podemos inferir, sin temor a equivocarnos, que en Toledo. En efecto, véase el párrafo siguiente, que sugerirá en el lector nuestra convicción y fundamento:

«Dixome D. Diego de Cordoua, hablando este dia con él sobre la junta de S. M. [Felipe II] y S. A. [Don Sebastián], que supiese que no se habia de llamar así [S. A.] sino S. M., y que el Rey se lo había llamado y mandado a todos los de su casa que lo hiciesen así, y no se ha ejercido punto de esto, aunque yo en lo que escribiere se lo llamaré, por no variar lo que tengo escrito y porque el decírselo aquí fué de emprestado, y en Toledo sería llamárselo muy a trasmano.»

Evidencia, pues, con esta indicación que su residencia era Toledo, acaso sirviendo al mismo señor a quien escribe, como capellán y como tañedor en su capilla. Como capellán, porque así lo dice implícitamente al hablar de las sobrepellices usadas por los portugueses: «Noté tambien que tomaron sobrepellices un tesorero que S. A. trae, y un capellan suyo, de muy diferente manera que *las que nosotros usamos*, pero no me parecieron mal, porque son muy honrosas y no de mala hechura».

A la profesión de capellán unía la de músico, y no la de cantor. Ni una sola vez de las que escribe de sí se refiere a esta especialidad. Si embargo, cuando, por ejemplo, nos cuenta lo entretenido que solía estar en el coro el Rey D. Sebastián, dice: «Mientras esto pasaba, oía bisperas S. M. en su oratorio, hincado de rodillas, y dígoles así, porque subiendo al órgano hablé con el Conde de Buendía y preguntándole por él, me respondió lo que he dicho.» En otra ocasión, hablando de asistencia de los Reyes a Completas, apunta: «estaba concertado que las habian de oír y D. Luís Manrique me lo había dicho así, y para ellas teníamos gran música de sus Cantores con vihuelas en un coro y nosotros con clavicordio en otro, más todo se quedó [aparejado] y no cantamos nada, como los reyes se fueron».

Pero de donde de una manera clara se desprende que era músico, es de la propia explícita declaración que hace al referirse al presente ofrecido por la Comunidad a D. Sebastián, en donde, apuntando un olvido, escribe: «y habíanseme olvidado seis cueros de vino de Ciudad Real, que les costó la arroba a veinte y seis reales, y este descuido no me lo eche v. m. como a músico, sino téngame por disculpado como a quien bebe agua».

No nos ha sido posible obtener mayor fruto autobiográfico de la

*Relación.* Otro investigador más sagaz o más experimentado, lea en ella lo que nosotros no hemos podido descubrir. Al reproducirla, conservamos la ortografía original del manuscrito, ajustándonos al texto último y no al borrador, aunque entre ambos hay levísimas diferencias. Desdoblamos las abreviaturas sin indicarlo, porque todas ella se refieren a las más corrientes y fácilmente legibles.

\* \* \*

Otra relación en prosa se nos ha conservado, contemporánea a las vistas guadalupenses, con el título *Recivimiento que el Rey nuestro señor hizo al de Portugal en Guadalupe*.

Este curioso manuscrito, probablemente copia de un original perdido hoy, se conserva en la Bibliothèqne Nationale de Paris, signatura: *Fond Espag.*, MSS. 421, fols. 85 v.-92 v. Ha sido reseñado por el docto bibliógrafo Mr. Alfred Morèl-Fatio en su *Catalogue des MSS. Espagnols et portugais de la Bibliothèqne Nationale de Paris*, París, 1892, el cual lo había impreso anteriormente como *Apéndice* a las *Cartas de D. Juan de Austria* insertas en su excelente libro *L'Espagne aux XV<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècles*. (Heilbronn 1878, p. 141-144).

Aunque anónimo, de su contexto se desprende que es obra de uno de los caballeros que se hallaron presentes a las vistas. Merece crédito, a pesar de que se trata de una infernal copia del siglo XVIII, hecha quizá por amanuense francés, en la que los nombres propios están transcritos con una absurda ortografía, v. gr., *Don Barcozen-tino*, por D. Vasco Coutinho. El P. Villacampa, en su libro *Grandezas de Guadalupe* (Madrid, 1925), dice que es el más importante documento que tenemos sobre las vistas; en realidad es útil, pero no completo, ni muy detallado.

Consignemos aquí nuestra sospecha de que lo hoy conocido sea tan sólo un extracto de correspondencia escrita desde el Monasterio. De diversos pasajes parece desprenderse que se trata de una refundición de cuatro cartas, escrita la primera en 10 de Diciembre de 1576 («Su Magestad llegó aquí oy jueves...»); la segunda, el 22 del mismo mes y año («Yo e dejado de hacer esto antes de aora, esperando la venida del Rey de Portugal, el qual ha llegado aquí *esta* tarde... de lo que adelante passare abisaré a Vm.»); la tercera, del 25 («De su llegada... abisaré a Vm. como me manda por su carta que lo haga»), y la cuarta, del 26 («Ya escribí a Vm. el recibimiento...») Destinatario y agente son ignorados.

\* \* \*

Don Vicente Barrantes y Moreno adquirió, por donativo del bibliófilo portugués Sr. Ferro Caveiro, un pliego manuscrito de letra del siglo XVI, con el título de: *Coplas del gran Peña sobre algunos dichos de los portugueses en Guadalupe*. Son treinta quintillas en castellano, glosando irónicamente algunos de los dichos y exageraciones de los caballeros que venían con D. Sebastián. Su valor histórico parece ser real, porque algunas de estas anécdotas están recogidas por otros cronistas.

Estas *Coplas*, de cuyo autor nada sabemos, han sido publicadas dos veces por el laborioso Barrantes: una en el *Aparato Bibliográfico*<sup>9</sup> y otra en el volumen titulado *Virgen y Mártir*<sup>10</sup>.

\* \* \*

El último de los testimonios que publicamos es el curioso pliego suelto en el cual Cepeda narra en romances el paso por Badajoz del Rey D. Sebastián. Suponemos que pueda identificarse a este escritor con un poeta de Badajoz llamado Joaquín [Romero] de Cepeda, autor, entre otras obras, de un volumen antológico publicado en Sevilla, 1582; de la *Conserva Espiritual*, Medina del Campo, 1588; la *Destrucción de Troya*, Toledo, 1590, y las comedias *Salvaje* y *Metamorfosea*<sup>11</sup>.

Los romances de Cepeda son francamente malos, como obra literaria. En relación con las vistas, aportan algún dato interesante, aunque no muy seguro en lo que se refiere a lo sucedido fuera de Badajoz.

9. *Aparato Bibliográfico para la Historia de Extremadura*, por D. Vicente Barrantes. Madrid, 1875. En las págs. 246 y siguientes del tomo II publica por primera vez las *Coplas del gran Peña*.

10. *Virgen y Mártir* [adornito] / *Ntra. Sra. de Guadalupe* [adornito] / *Recuerdos y añoranzas* [adornito] / *Badajoz*.—1895.

8.º, VIII + 552 págs.

Publica en las págs. 287 a 291 las *Coplas* de Peña. Dice lo siguiente: «Sobre [el]... viaje [de D. Sebastián a Guadalupe] poseo yo [un papel] curioso, y completamente desconocido. Son versos de un coplero de Guadalupe, muy popular por lo visto en el siglo XVI, burlándose de los portugueses que formaban la corte de D. Sebastián.» Y más adelante añade: «Confieso que de este Peña no tenía la menor noticia hasta hoy. Aunque poeta ramplón, no deja de ser gracioso.»

11. Para todo lo referente al autor, cfr. A. Rodríguez-Moñino: *Joaquín Romero de Cepeda, poeta extremeño del siglo dieciséis. (1577-1590)*, estudio bibliográfico. Badajoz, 1941, 4.º, 32 págs. con 3 láms.

Los villancicos que acompañan al texto quizá sean los que se cantaron en la Catedral de Badajoz en presencia del Rey D. Sebastián.

\* \* \*

Los hasta aquí apuntados son los escritores castellanos que se ocupan exclusivamente de las vistas de Guadalupe. Ya indicamos que quedan al margen de nuestras investigaciones aquellos otros que se refirieron al suceso ocasionalmente y englobándolo con la historia de su tiempo. Honrosa mención merecerían, si aquí hubiéramos de ocuparnos de ellos, los escritores portugueses.

No queremos cerrar este capítulo sin apuntar la indicación de dos manuscritos, posiblemente copias de la *Relación* del músico toledado, existente el primero en Roma y perdido, por desgracia, el segundo.

El primero, con el título *Recibimiento en Guadalupe de S. M. y el Rey de Portugal*, se conserva en la Biblioteca Apostólica Vaticana<sup>12</sup>, signatura 1.045, folio 211, y figura descrito en el libro *Bibliotheca Apostolica Vaticana, códices manuscripti recensiti*. Romae, 1921, tomo III, pág. 58.

Titúlase el segundo *Entrada del Rey D. Sebastián en Castilla* y existía en la Biblioteca de El Escorial. Estaba incluido en el volumen de varios que llevaba la signatura iv-0-9. Aparece citado en el *Índice de los manuscritos castellanos que se guardaban en la biblioteca por los años de 1600*, con algunas adiciones posteriores. Este tomo está hoy en dicha librería, signatura H. I. 5, y ha sido publicado por D. Julián del Zarco Cuevas como *Apéndice XV* al tomo III del *Catálogo de los manuscritos de la Real Biblioteca del Escorial*, (San Lorenzo del Escorial, 1930). Se supone que la *Relación de la entrada de D. Sebastián en Castilla* ha debido desaparecer en el incendio de 1671, o tal vez posteriormente.

(Concluirá.)

A. RODRÍGUEZ-MOÑO

---

12. En la misma Biblioteca, signatura 1619, folio 48 (*cat.*, III, 503), hay otro tratadito referente a D. Sebastián con el siguiente título: *De Sebastiano, ultimo rege Lusitaniae*.